

Saberes populares sobre bienestar y malestar familiar*

Folk knowledge about family well-being and discomfort

José Fernando Ossa Ramírez

Psicólogo. Profesor Tiempo Completo de la USB
fossa@usb.edu.co

Elsy González Velásquez

Psicóloga. Profesora Tiempo Completo de la USB
egvelasq@usb.edu.co

Luz Estela Rebelo Quirama

Psicóloga. Asesora en West Palm Beach (USA)
luzestelarebelo@yahoo.es

Grupo de investigación: *Estéticas urbanas y socialidades*
Universidad de San Buenaventura Cali

Resumen

Este artículo es una síntesis del informe final de una investigación sobre "Retórica y concepciones de salud en las relaciones familiares", realizada en la ciudad de Cali. Trabajo que muestra la presencia de nuevos relatos sobre bienestar y malestar familiares en las relaciones entre padres e hijos, como producto de nuevas sensibilidades civilizadoras. Asimismo, se plantea la necesidad de una visión polifónico-crítica de tales saberes desde una interpretación doble que, a partir de reconocer cierto "real de discordia", permita una lectura compleja del análisis y de los posibles intervenciones sobre las problemáticas familiares encontradas.

Palabras claves: Relación familiar, bienestar, malestar, modernidad, postmodernidad.

Abstract

This article is a synthesis of the final report of a research on Rhetoric of well-being and discomfort in the family relationships of two generations. The study was done in the city of Cali. It shows the presence of new stories about family well-being and discomfort, which foresee changes in the relationships between parents and children as a result of new civilizing sensitivities that establish new ways of domination. The paper also states that there is a need of critical and polyphonic work to analyze this folk knowledge from a double interpretation which, recognizing some kind of «real of discord», makes possible an enriching condition for the analysis and the possible interventions on family problems.

Keywords: Family relationship, well-being, discomfort, modernism, post-modernism.

* Informe de investigación sobre *Retóricas y concepciones de salud en las relaciones familiares*, del grupo de investigación *Estéticas urbanas y socialidades*, registrado por Colciencias e inscrito en el Centro de Investigaciones Bonaventuriana de la Universidad de San Buenaventura Cali.

Fecha de recepción: Septiembre de 2005.

Aceptación para su publicación: Noviembre de 2005.

Introducción

A continuación se presenta un informe de investigación sobre *Retóricas y concepciones de salud en las relaciones familiares*. Uno de los objetivos era analizar los discursos de los informantes (diez padres y diez hijos de familias de estrato medio de la ciudad de Cali) sobre su vida familiar para develar qué saberes populares de salud (bienestar y malestar) se expresan de manera explícita o implícita en sus relatos.

Se trata de cuestionar la unidad de las definiciones existentes mostrando que, en lo social, junto a la pervivencia de tradicionales formas idealizadas de relación familiar, están surgiendo (a veces en medio del desconcierto y la ambigüedad), nuevos saberes prácticos sobre bienestar y malestar en las relaciones familiares, interpretados de manera diferencial por jóvenes y adultos (de allí la necesidad de una doble interpretación para su análisis).

La metodología utilizada tomó como herramienta de análisis de discurso una propuesta en la cual se privilegió el estudio de las figuras y estrategias retórico-persuasivas presentes en las narraciones de cada generación, tratando de descubrir la forma como estas normalizan-patologizan, acreditan-desacreditan, legitiman-deslegitiman, el sentido del malestar y el bienestar. Es decir, se trata de cuestionar el carácter "transparente" del lenguaje como medio para comunicar, "ilustrar" o "reflejar" la "verdad objetiva" de las relaciones familiares. Si se reconoce el carácter constructor de las retóricas generacionales ya no se trata

de encontrar "la verdad subyacente" a los enunciados, sino de ver cómo estos tramitan la realidad que cuentan, de acuerdo con los contextos y las prácticas culturales (a veces disímiles y particulares a cada generación). Este trabajo, aunque no explicita las características retórico-persuasivas de los discursos, retoma sus conclusiones.

Los resultados encontrados en cada una de las dos generaciones se presentan en torno a sus saberes o nociones de bienestar y malestar. En esta discusión se le apuesta a la hipótesis según la cual un acontecimiento cambia de significado, dependiendo de la perspectiva cultural en que se sitúa cada generación entrevistada, incluida la de los investigadores mismos (cada una de ellas puede acumular diferentes prácticas, valores y conocimientos) (White, 1973, 1987; Rosaldo, 1989). Con ello se avizora la posibilidad de lecturas diversas de las problemáticas de la familia actual, pensándolas, por ejemplo, como la irrupción de nuevas formas culturales; distintas a una interpretación conservadora que al suponer lo nuevo como decadencia, añoran el nostálgico retorno de un pasado normativo feliz (como lo dejan entrever las lecturas apocalípticas que vislumbran la llegada de una "era del vacío").

Más que idealizar una u otra forma de relación familiar, este informe plantea la necesidad de escuchar y valorar otras versiones de bienestar y malestar, emanadas de saberes venidos de las prácticas sociales de las distintas generaciones (más allá del saber de los especialistas). Al contrario de una idealización ingenua de los saberes populares de los jóvenes (vistos en positivo), se hace funda-

mental una tarea crítica de análisis que indague cuáles de los cambios que se suceden en ellos hacen juego con la dominación, y cuáles anuncian una posible diversificación enriquecedora de lo humano.

Mostrar el carácter construido, impuesto y legitimado de toda verdad o interpretación (por ejemplo, mediante un análisis de las estrategias retórico-persuasivas de los discursos), posibilita desnaturalizar los saberes dominantes, vistos como fundamentos auto-evidentes, abriendo nuevas opciones, aperturas, debates, luchas, fugas y reposicionamientos de la diversidad de fuerzas, voces y corporeidades que componen lo social contemporáneo. Como ejemplo de lo anterior, se puede decir que tras los discursos de malestar de los jóvenes se advierten otras formas culturales que pugnan por surgir y ser reconocidas, las cuáles aparecen apenas insinuadas en sus prácticas, muchas veces acusadas como caóticas y desmesuradas por las generaciones adultas (pero acalladas en su aspecto renovador y vital).

Metodología

Muestra

Se seleccionaron para el análisis final 20 sujetos (diez adultos y diez jóvenes). Se buscó delimitar una muestra de sujetos entrevistados pertenecientes al mismo estrato social tres. Este estrato está definido por el gobierno municipal, de acuerdo con características físicas y ubicación de las viviendas (material y calidad de la fachada, andenes, calles, vías

de acceso y zonas aledañas; servicios con que cuenta). Se consideró adecuado estudiar los enunciados de dos generaciones para establecer enlaces y comparaciones sobre el tema indagado (estudiar las formas retórico-persuasivas de cada una de ellas). Se privilegió una muestra de estrato tres dada la posición intermedia entre valores de las culturas populares y los valores hegemónicos institucionalizados (buena parte de los jóvenes entrevistados son estudiantes universitarios).

Tipo de estudio o diseño

Esta investigación es inicialmente descriptiva, en tanto parte de transcribir lo contado por los sujetos comprometidos, especificando las características y propiedades importantes de las situaciones, tal como lo expresaron los sujetos directamente implicados. Es, también, un estudio exploratorio en tanto se buscó recolectar una serie de relatos sobre un contexto particular de la vida real, en la cual se busca la familiaridad con un tema desconocido, que apunta a desarrollos posteriores. Se parte de los discursos de la propia experiencia de los entrevistados. Se llevó a cabo un estudio comparativo mediante entrevistas estructuradas (a todos los sujetos entrevistados se les hizo las mismas preguntas) aplicadas a adultos y a jóvenes.

Instrumentos de análisis

Para hacer los análisis de las entrevistas se propuso la elaboración de unas rejillas iniciales (para cada una de las entrevistas realizadas), buscando ubicar los tropos y retóricas persuasivas más significativas encontradas en cada fragmento de los discursos. Posterior-

mente, se realizó un análisis global de cada rejilla utilizada en los relatos preguntando en cada uno de los temas: ¿cuáles son los más comunes, importantes o significativos? ¿Qué función cumplen en la organización del discurso del sujeto? ¿Qué función o qué consecuencias producen en la configuración de saberes implícitos? Se trata de no perder de vista la función persuasiva que tienen las figuras y tácticas retóricas dentro de la estrategia general del texto y dentro de la construcción de saberes en el enunciador. A partir del uso de estos instrumentos se pueden mostrar tácticas o estrategias retóricas por las cuales se construye un significado como “legítimo” o “ilegítimo”, “normal” o “anormal”. Estas construcciones muestran el papel central de la retórica persuasiva en la construcción de conocimientos y realidades. El tema del análisis retórico no está explicitado en este escrito pero fue material de base para su realización.

Resultados

Definiciones sobre qué es bienestar para los padres

“...en el presente se ha vuelto común una leyenda que hace aparecer las cosas como si el amor y el afecto de los padres para sus hijos fuese algo dado por naturaleza y, además, se presenta como sentimientos uniformes y permanentes que perduran toda la vida. En este caso también se asume algo que es un deber social, como algo real y naturalmente dado...”. (Elías, 1998).

Algunos pensadores comienzan a revalorizar en los saberes y prácticas sociales la existencia de una intersubjetividad

polifónica, hecha de alteridades, identidades múltiples y comunidades superpuestas (DUCROT, 1984; ROSALDO, 1989; DERRIDA, 1996; GERGEN, 1991). Es decir, los sujetos de estudio no pertenecen a una sola comunidad o cultura sin ambigüedades, asunto palpable en la doble vida llevada por los jóvenes en el ámbito familiar y por fuera de este. Los sujetos en sus discursos se camuflan sumergidos en una serie de prácticas en pugna al interior de una misma sociedad (GERGEN, 1991; DERRIDA, 1996). Este planteamiento se hace novedoso en comparación a la tradicional manera como las investigaciones clásicas y los saberes oficiales parten de la premisa de la existencia de sujetos unitarios, determinados por contenidos, valoraciones, representaciones o estructuras únicas. Por el contrario, tal alteridad, en tanto marcada por el encuentro múltiple, viene a plantear una condición polifónica en las subjetividades de nuestros sujetos de estudio, lo cual obliga a su vez a un desdoblamiento interpretativo en la subjetividad de los investigadores.

Estos nuevos saberes, denominados ahora como psicologías culturales (Bruner, 1992), relatos alternativos (WHITE y EPSON, 1980), saberes subalternos (GRAMSCI, 1998), tácticas de lo popular (DE CERTEAU, 1980), análisis social subalterno (ROSALDO, 1989), identidades pastiches (GERGEN, 1991), empiezan a ser vistos como elementos importantísimos en la complejidad de los estudios de los procesos históricos de la cultura, en tanto expresiones locales de prácticas de socialización diversas y dife-

rentes, maneras de vivir, concepciones de mundo que vehiculan un entrecruzamiento, encuentro y choque de narrativas. Con este reconocimiento se produce un cambio en el acento de los estudios de la vida cotidiana (desplazamiento de discursos centrales, propios a las lecturas clásicas), para pasar a revalorizar una serie de saberes singulares explícitos o implícitos de los grupos antes relegados o negados (acusados de alineación), o bien vistos como insuficientes, acusados de ser simple opinión (conservadurismo o anarquismo), tontería, atraso o mal gusto (MARTÍN BARBERO, 1987).

Algunos teóricos e investigadores (CARLISKY, 1998; BAUDRILLARD, 1970; LASCH, 1995; LIPOVETSKY, 1983) asumen una fuerte crítica a los actuales "valores" de vida de la juventud, por considerarlos anti-éticos (des-responsabilizadores), anómicos, alienatorios y manipulados por la industria del consumo, lo cual confluye en la creación dirigida del estereotipo de "lo juvenil" (MARGULIS y URRESTI, 1998). Otros autores defienden una lectura distinta hacia este tipo de proyectos de vida de la juventud y hacia los nuevos valores hedonistas. De estos, unos proponen una reubicación del problema contextualizándolo en un proceso civilizatorio de larga duración, del cual la crisis de los jóvenes no es más que un síntoma – hay un malestar cultural más profundo que toca la raíz misma de la condición adulta– (FREUD, 1927; BRUSSET, 1975; LYOTARD, 1979; ELÍAS, 1997; BECK y BECK, 2001), finalizando con la posición de aquellos que terminan asumiendo una lectura solidaria con los valores y proyectos de vida de la juventud contemporánea (MUÑOZ, 1999; MARTÍN

BARBERO, -comp.-, 1998; MAFFESOLI, 1985; 1988).

De manera más específica para esta investigación, se obtuvo en los informantes (sobre todo en los padres) una serie de enunciados que dan cuenta de una fuerte valoración del espacio doméstico y del vínculo familiar, considerados por algunos como bastiones que mantienen viva una "situación primordial de reconocimiento", donde los sujetos reconstituyen su singularidad perdida en el mundo laboral (MARTÍN BARBERO, 1987). Se puede intuir allí formas o concepciones prácticas de salud que aparecen en forma de pequeñas anécdotas sobre hábitos en el tiempo libre, en torno a la cordialidad en las relaciones, el amor filial y el compartir de afectos entre padres e hijos.

Se habla, también, de eventos, celebraciones o acontecimientos ocasionales que se convierten en espacios de reconocimiento, vitales para la sobrevivencia del grupo familiar, tales como: reuniones en familia, paseos dominicales, salidas en fines de semana o vacaciones, visitas a centros comerciales o supermercados, cenar juntos, recreación en fiestas decembrinas, cumpleaños, matrimonios, celebraciones navideñas, día de las madres. Hay en ellos formas emergentes que innovan las tradicionales prácticas relacionales familiares que subvierten las rutinas familiares y laborales, las maneras de vivir y habitar los espacios (DE CERTEAU, 1990).

Estos eventos son prácticas de vida que devienen en rituales de espontaneidad, generosidad, relajo y recreación de los roles familiares, mediante cierta liberación del lenguaje

(chistes, burlas, ridiculizaciones, evocación de anécdotas); o bien, diversas expresiones de teatralidad dramática y prácticas corporales en común (baile, juego, alboroto, parodias) y consumos en familia (bebidas embriagantes, comidas o programas de televisión y películas de VHS que se convierten en pequeños acontecimientos transformadores de la rutina diaria). También se expresan en una serie de ilusiones acerca de la promoción de valores como el estudio, considerando puerta de ascenso social de los hijos (y de los padres a través de estos). Con base en estas manifestaciones del compartir familiar de sentimientos, solidaridades, emociones, se puede hipotetizar un mecanismo primordial "masificante" de los grupos denominado por algunos como "sensibilidad en común" (MAFFESOLI, 1988).

Ante el deterioro progresivo de las promesas institucionales del estado de bienestar y el fracaso de sus políticas de protección social y desarrollo colectivo (visible en la vida urbana de la ciudad), aparece el repliegue en el espacio doméstico de la familia como el nuevo ámbito por excelencia, en el cual los grupos y los sujetos construyen nuevos sentidos y valores supremos de bienestar, alrededor de estilos de vida en los cuales el consumo en común ocupa un lugar central (MARTÍN BARBERO, 1987). Este aislamiento en la vida privada familiar es, por supuesto, relativo, en tanto está permeado o atravesado por formas culturales, usos y prácticas masivas provenientes de los medios de comunicación, en donde el bienestar se vuelve "comprobable y medible" a través del consumo de determinados productos y prácticas, formas de vivir y relacionarse. Ante el vacío dejado por la religión y el

Estado, los medios masivos aportan a la familia nuevos géneros relacionales, roles y modelos de comunicación y contacto familiar.

Junto a estos consumos (negociados localmente por mediaciones culturales en las dinámicas de los usos privados), aparecen otras prácticas domésticas como la afirmación en la paternidad y la maternidad mediante el amor a los hijos, la solidaridad, el reconocimiento mutuo, la promoción de las aspiraciones al ascenso social de estos (a través del estudio) y una serie de actividades lúdicas y recreativas. Los anteriores pueden ser considerados como "nuevos saberes" (título de este informe) si se recuerda que en los adultos aparece el reporte de otro tipo de relación familiar marcada por el trato fuerte, por los pocos contactos comunicativos, idílicos o de reconocimiento y, en muchos casos, expuesta tempranamente a las obligaciones del mundo adulto laboral y matrimonial. Veamos a continuación un ejemplo de esta situación (los testimonios siguientes de los adultos, corresponden a anécdotas sobre relaciones familiares propias de los años sesenta y setenta):

- **Madre 1.** "...Con mi mamá, sí, ella era muy jodida [...] mi mamá me pegaba horrible, yo no sé ella porqué me pegaba tanto, yo ya estaba para casarme, tenía 21 años, y como unos dos o tres meses antes, me cogía del pelo y me maltrataba... me daba con lo que encontraba; no sé... le dieron como celos cuando yo le dije que me iba a casar...".
- **Madre 2.** "...ah, sí, claro, cómo no lo voy a recordar, no me dejaban salir a la calle con mi novio (mi marido ahora)... cuando me

daban el permiso solamente podía salir si salía acompañada con alguien o con alguna de mis hermanas, y eso era maluco; sí, molestaba, porque, pues uno no se podía dar besos como ahora lo hacen los muchachos...”.

- **Madres.** “...los regañones normales... se le regañaba por no hacer un mandado... uno se remachaba, no lo quería hacer, entonces ya lo llamaban a juicio. Pero eran cosas intrascendentes que no tenían ninguna importancia porque de todas maneras uno tenía que hacer el mandado, eso es lo que yo recuerdo...”.
- **Madre 1.** “...Pues, de pronto que no nos comprendieran, que no hubiera comprensión; allí la que no nos comprendía mucho era mi mamá porque casi no había diálogo sino regañones, como había dicho anteriormente. El que no nos comprendieran, eso era un malestar psicológico que no le tuvieran a uno confianza y que de pronto no pudiera ir alguna parte porque, pues, nos iba a pasar algo o no tuvieron esa confianza en nosotros, porque éramos muy jóvenes y de pronto tenían la razón. También me sentía mal cuando no me dejaban ir a determinada parte...”.

Contrario a los enunciados anteriores y como producto de profundos cambios sociales, aparecen hoy día “nuevas experiencias de bienestar”, por medio de las cuales, al parecer, los padres obtienen una compensación retroactiva a las experiencias de malestar de antaño, mediante la “realización afectiva” en las interacciones amorosas y dialógicas actuales con los hijos, las cuales se presentan como

una importante expresión de una tendencia social más bien reciente, que forma parte de una nueva valoración hacia los menores (BADINTER, 1980; ARIES, 1993; ELÍAS, 1997; BECK, U. y BECK, E. 2001), reconocidos recientemente como sujetos con deseos y necesidades, con derechos legítimos al trato amable, al estudio, al desarrollo y a la participación en la toma de decisiones, con lo cual se marca una ruptura con anteriores formas socializadoras en las cuales predominaba el poder casi ilimitado del adulto sobre los menores.

La valoración del menor es una construcción social e histórica de larga duración, pero de reciente explicitación en nuestro medio social. Aunque sus antecedentes históricos datan de siglos anteriores, esta se hace presente desde hace unos treinta años atrás, como una nueva práctica cotidiana de muchas familias de la ciudad (PUYANA, 2003; MALDONADO, 2000). En esta nueva cotidianidad familiar se establecen encuentros alrededor del consumo, el ocio y el uso del tiempo libre. Los padres parecen encontrar en esas relaciones una especie de “contra-mundo” ante su pasado difícil o frente a las lógicas agobiantes del mundo laboral, cuando no un amarre a la vida de la pareja, allí donde “los hijos unen” (BECK, U. y BECK, E. 2001, p 292). Estos estilos de vida e intercambio de gustos y sensibilidades, expresan unas pragmáticas con una eficacia simbólica y práctica, clave para el bienestar, tanto para los padres como para los hijos en el despliegue de una espontaneidad que rompe con la rutina, la seriedad y la coerción implícitas en la vida cotidiana extra-familiar.

Se propone en esta investigación que en los pequeños rituales cotidianos, más que meras prácticas aisladas o acontecimientos circunstanciales, hay allí procesos culturales, escenificaciones de ideales sociales; en fin, nuevas definiciones de cultura, socialidades, racionalidades, éticas alternativas, prácticas estéticas insospechadas y concepciones culturales implícitas que hacen de las interacciones familiares un lugar privilegiado de estudio (MARTÍN BARBERO, 1987), en tanto espacio de reconocimiento y autorealización, en asuntos como la posibilidad subjetiva de obrar a través del poder de otro, que recuperan los adultos (BRUNER, 1992), mediante roles tales como el cuidado, la crianza, el ascenso social, la resolución de los conflictos y la satisfacción de las necesidades de los hijos.

Hay que recordar aquí la existencia de racionalidades prácticas sensibles, por medio de las cuales la gente organiza su mundo y sus relaciones (MAFFESOLI, 1997). Estilos de vida estéticos, improductivos y carnavalescos (BAJTIN, 1971), tácticas populares (DE CERTEAU, 1980) que sirven muchas veces como "oasis de goce y bienestar" para asimilar las dificultades de la vida diaria de manera conformista, ya sea para adaptarse a estas o bien para crear mundos alternativos a una vida rutinaria en el campo conyugal y laboral.

A continuación se expondrán algunos ejemplos de lo que es bienestar hoy día para algunos padres:

- (Gab.) *Madre; 45 años; bachiller; ama de casa; barrio Los Andes*. "... bienestar es estar bien con toda la familia... que se lo

valore a uno, que se le respete y tenga en cuenta... que le digan a uno cosas que agraden y hagan sentir muy bien, que le den gracias... que lo tomen en cuenta en las decisiones...".

- *Madre; ama de casa; 45 años; barrio Nápoles*. "...el respeto y la tolerancia que inculqué entre mis hijos... mis hijos no han perdido el respeto por su padre; aunque no comparten algunas de sus decisiones, lo entienden... realmente lo que a mí me importa es mi familia y su bienestar, afuera se puede caer el mundo, el problema es mi familia y es ella en quien realmente pienso...".
- *Madre; 45 años; separada; barrio Los Andes*. "...bienestar es una estabilidad emocional, donde alegrías y dificultades se manejan para poder controlarlas sin que las emociones lo vayan a manejar a uno... siento que hay armonía en las relaciones cuando hay una buena comunicación, que la familia comparta...".

Para algunos padres, bienestar equivale a relaciones de mutuo reconocimiento y conciliación. En este punto se agrupa una serie de enunciados en los cuales se expone la existencia de unos valores socializadores positivos que los padres consideran recibir o dar a sus hijos en las relaciones familiares actuales. Es de notar en algunos de los anteriores relatos, un curioso cambio en la posición jerárquica de los padres: son los adultos los que le piden a los hijos el ser "reconocidos" y "tenidos en cuenta". Como si se tambaleara la anterior posición vertical, al ser "horizontalizada" por valores democratizantes. Es así como valores

de respeto, tolerancia, estabilidad emocional, armonía, buena comunicación, compartir, se convierten en representantes de un ideal de racionalidad y civilización, que para su cumplimiento requiere del adulto una alta exigencia de inhibición de emociones agresivas y una fuerte interiorización de prohibiciones sociales (temas de frecuente publicidad en las campañas más mediáticas contra la violencia familiar, al parecer con altos índices de recurrencia en Colombia y la ciudad).

Hay que anotar que estos valores amorosos y civilizados son construcciones sociales novedosas, en comparación a las características de las relaciones familiares en la generación de los padres, en la cual, a cambio de tal autocontención, diálogo y concordia, socialmente se promocionaban valores disciplinarios donde campeaba el autoritarismo de los padres, acompañado de fuertes reprimendas y castigos a los menores (ver los ejemplos iniciales). Es posible que se intente con ello construir una imagen ideal de la familia (vista como un oasis de armonía y comprensión) en tanto, de forma táctica, los adultos “atenúan” y “banalizan” situaciones que en comparación a formas antiguas, podrían haber generado fuertes conflictos. Al ser formuladas discursivamente como “situaciones banales” se contribuye a la desaparición de prácticas como el castigo físico o la indiferencia hacia el menor.

En las anteriores expresiones hay cierta impersonalidad o neutralidad en las acciones de los sujetos, lo cual presupone o el carácter recíproco en su aplicación o su carácter idealizado, que (como lo señala una joven en los testimonios de malestar), no siempre corres-

ponde exactamente con la realidad: “...mi padre, aunque predica el respeto a la diferencia de puntos de vista, no acepta que uno piense diferente...”. De todas maneras, los enunciados expresan una nueva preocupación social por realizar el sueño de una familia ideal y de unos padres perfectos (imaginario del cual se hacen portavoces preferenciales los padres de familia). Veamos las siguientes definiciones de bienestar en las que los padres valoran ya no sólo el hecho de reconocer a los hijos sino otra curiosa y novedosa expresión de bienestar: “que los hijos reconozcan y respeten a los padres”. Los adultos parecen encontrar o “demandar” a la familia la acogida, el reconocimiento que no encuentran en otras partes (¿en el mundo laboral?). Veamos a continuación algunos ejemplos de experiencias de bienestar halladas por los padres en sus actuales relaciones familiares:

- **Madre; 47 años; ama de casa; barrio Los Andes.** “...cuando nos reunimos todos y pasamos rico y charlamos y nos reímos y nos tomamos unos traguitos y nos fijamos el uno en el otro... los domingos o en fiestas especiales como el día de las madres o diciembre...; cuando nos sentamos todos en la sala a resolver un problema, o cuando nos acostamos en la cama, los cuatro, a ver televisión...”.
- **Padre; 48 años; abogado; barrio Brisas de los Álamos.** “...cuando nos reunimos a ver televisión o al salir de paseo... cuando –los hijos– comparten gratos momentos a nuestro lado... con mi hijo, cuando vemos la televisión, ese medio nos permite entablar conversaciones sobre cualquier tema, ya que él es más amigo de la

mamá que de mí, y yo vivo muy ocupado y no me queda tiempo de saber qué le pasa para ayudarle a buscar soluciones...”.

- **Padre varón; 50 años; barrio Nápoles.** “...Cuando compartimos, cuando expresamos opiniones; cuando vamos de paseo, cuando celebramos los triunfos o aciertos de los hijos... cuando iniciaron el colegio, cuando se graduaron, cuando celebramos un cumpleaños, cuando hicieron la primera comunión...”.

Bienestar, según algunos padres, es “estar junto a los hijos y llevársela bien”. Los valores culturales de la época son determinantes en las relaciones entre padres e hijos. En la actualidad comienzan a irrumpir nuevas formas de relación familiar que crean un “nosotros” de identificación afectiva muy fuerte y que está suplantando las formas sociales disciplinarias con las que fueron educados buena parte de los adultos. En algunos enunciados se hace referencia de manera específica a lo importante que resulta para los adultos el “estar junto a los hijos” para realizar actividades lúdicas en el tiempo libre, tales como reírse, charlar, sentarse en la sala a ver televisión, compartir en fiestas, paseos, gozar a través de los triunfos académicos de los hijos (BADINTER, 1980).

Estos enunciados son expuestos predominantemente por las madres, para las cuales una experiencia de bienestar consiste en estar “con” los hijos, dar y recibir ternura y afecto. Es notoria la forma como los padres obtienen un alto beneficio en la relación con los hijos. El estar juntos se convierte para aquellos en un elemento esencial de auto-realización. No están preocupados por “formar a los hijos”, sino de “estar bien junto a ellos”, “diver-

tirse con ellos”, mediante unas relaciones flexibles o distendidas, donde la verticalidad autoritaria desaparece dando paso al diálogo o a la conversación amable entre semejantes. En una línea sociocultural (MAFFESOLI, 1985; 1988), tales expresiones pueden pensarse como el resultado de nuevas mentalidades sociales que condicionan los comportamientos individuales.

Bienestar, para unos padres, es “dar beneficios emocionales y materiales a los hijos”; para otros es dar protección y cuidado al menor, poder responder económica y afectivamente por sus necesidades o deseos personales, serles útiles, darles afecto. Se expresa aquí, de manera indirecta, el tema de la auto realización de los padres a través de la realización de los hijos (FREUD, 1914) en torno a valores y comportamientos modernizadores que reivindican no sólo el deber moral de reconocer al menor sino de verlo como receptor de derechos por decreto judicial. El Estado moderno irrumpe sobre la vida privada para imponer modelos dominantes al amparo de las normas institucionales (la acusación de irresponsabilidad o incumplimiento de esta norma es causal de pérdida de los hijos por parte del Estado e incluso de encarcelamiento del padre “irresponsable”).

- **Madre, ama de casa; 40 años.** “...para una madre, los hijos son lo mejor que le puede suceder a uno en la vida... porque siempre uno está pendiente de ellos, los acompaña en el transcurso de la vida, les ve crecer y disfrutar la vida...”.
- **Madre; pensionada; casada.** “...que todo lo que se relacione en bien para mi familia

esté funcionando; por ejemplo, que ya no tomen mucho licor, que no se excedan de tragos, eso es lo que me da malestar. Que haya buena comunicación entre todos, que no haya problemas, que no haya discusiones, que no haya roce, que todos, pues, estemos más o menos de acuerdo en las situaciones del hogar... que el uno diga que no y el otro que sí; el compartir las ideas y respetar las ideas de los demás...".

Los padres se ven obligados a desplegar una serie de cuidados y atenciones (cada vez más exigentes e hiper-especializados) que aspiran a generar un supuesto "joven óptimo", con un alto nivel de desarrollo. Se promocionan modelos de identificación, bajo un nuevo proceso social de individuación en el cual los padres ceden su lugar de "figuras de identificación", ante los modelos propuestos por el grupo de pares (tras los cuales aparecen los medios masivos) con una clara valoración del ideal del cuerpo juvenil y el disfrute en el aquí y el ahora, como sinónimo de un nuevo tipo de bienestar y realización *per se* (MARGULIS y URRESTI, 1998).

El afecto hacia los hijos expresado en esas atenciones es un elemento central de las nuevas exigencias sociales. Los lemas psicólogos (que campean en los medios masivos en diverso tipo de expresiones), pesan sobre la conciencia de los padres con inculcaciones tales como ser los potenciales responsables (por delegación u omisión) de los traumas y las atrofias que pueda sufrir el menor en su proceso de desarrollo (según la corriente psicologista, la falta de afecto, de aten-

ciones y cuidados, pueden conducirlo al fracaso personal, las adicciones, la delincuencia).

Esos ideales psicólogos de promoción de la salud de los hijos, se hacen visibles de manera paradójica, incluso en el respaldo implícito de los adultos a las prácticas hedónicas de los hijos (salidas a rumbas, cine, compra de ropa de marca y otros lujos), en las cuales se promociona un ideal de juventud gozosa, feliz, "incluida" en formas de vida sofisticada y libre de fuertes controles disciplinarios. Estamos frente a nuevos adultos tolerantes; es decir, con una mayor laxitud en comparación con las antiguas sociedades autoritarias y disciplinarias. Se podría decir, además, que hay en ello, cierta tendencia a fusionarse con los hijos (FREUD, 1914; MAFFESOLI, 1985) por medio de la cual los adultos, a la vez de solidarizarse con ellos, obtienen un remanente secundario de bienestar identificador que permite su auto-realización a través de los hijos, al promover el disfrute de aquellos (en fiestas, paseos, vacaciones y consumos algunas veces ostentosos).

De igual forma, la relación con los hijos no apunta a controlar al menor o a darle pautas exigentes de socialización sino, por el contrario, promover relaciones flexibles o distendidas, en las cuales se satisfacen los deseos de aquellos. El cuidado y la protección de los hijos ocupa un lugar central como soporte emocional de los padres: darles a ellos lo que los padres no tuvieron, reconocerlos, comprenderlos, atenderlos, evitarles el sufrimiento y la "baja autoestima" con la cual, según el psicologismo reinante, algunos adultos fueron criados. Este cuidado y protección se hi-

per-especializa ante la andanada de información generada por los medios masivos (en los cuales se confunden distintas voces, prácticas y valores).

- *Padre; 47 años; ingeniero civil.* "...bienestar es tener tolerancia y entendimiento con los demás; saber entender que cada quien tiene su propia forma de actuar."
- *Madre; 45 años; empleada bancaria; separada; barrio Los Andes.* "...bienestar es hacerle sentir a los hijos que se sientan protegidos..."
- *Madre; 38 años; ama de casa; barrio El Troncal.* "...me fascina, me encanta compartir con mis hijos juegos, me encanta conversar con ellos, me fascina preguntarles qué los hace felices, qué los hace tristes, me fascina cuando mi esposo comparte con ellos, digamos que él más que todo con el mayor, que él esté ahí preguntándole cosas... por ejemplo, qué problema o qué le hace feliz, qué lo entristece, eso me gusta, eso me parece estar bien en familia..."
- *Madre; secretaria; barrio Brisas de los Álamos.* "...soy madre, amiga y alcahueta con sus gustos, comidas, salidas; le doy plata para que salga a divertirse; en parte tengo la culpa que no acate órdenes; es al que más le he brindado afecto..."
- *Padre; 48 años; abogado; barrio Brisas de los Álamos.* "...Bienestar es el poder satisfacer los deseos de mi familia. Cuando fuimos de vacaciones a San Andrés, el ver a mi familia bien..."
- *Padre; 38 años; supervisor de ventas; barrio El Troncal.* "...Bienestar es que yo vaya

donde mi familia y me reciban bien, sentirse uno querido y correspondido por la familia... me siento muy bien, me agrada mucho brindarles a mis hijos lo que ellos necesiten, eso me produce mucho bienestar... poder salir en familia me encanta, me produce bienestar el estar con ellos y salir en grupo, el estar bien a nivel general en mi casa, con todos a nivel económico, a nivel social..."

- *Madre; docente; barrio Santa Anita.* "...cuando hay buena comunicación sin roces ni discusiones, respeto mutuo, ponerse de acuerdo... si la hija no excede rumba y beba; que se mantenga bien puesta... pues por tanta comprensividad decía mentiras..."

Bienestar para otros padres es poder "sacar a los hijos adelante" y cumplir la meta de volverlos profesionales. Una fuerte vivencia de bienestar en los adultos es producida por el logro del compromiso propuesto de "sacar a los hijos adelante en sus estudios".

Aparece aquí una sensibilidad social que promueve el ideal social de desarrollar al menor, superando etapas vinculadas a la escolarización. Es la clásica imagen del joven separado del mundo adulto, en una edad de aprendizaje donde se es eximido de cualquier otra obligación (incluso de colaboraciones mínimas en su espacio doméstico). Esta promoción evolutiva en la educación obligatoria, establecida por el Estado, pero naturalizada y compartida por la mayoría de los adultos, se convierte para el adulto en el principal proyecto de formación de los jóvenes para la vida. El desarrollo cognitivo hacia el horizonte del conocimiento

es privilegiado por encima, incluso, de la formación y regulación afectiva, corporal, espiritual o ética del menor.

Esto a su vez, promueve una nueva forma de autorregulación disciplinaria que aspira a garantizar una futura inserción laboral en nuevos tipos de sociedades más contemporáneas. Recordemos que anteriormente otros roles de adulto y otras prácticas cotidianas eran privilegiadas por las sociedades disciplinarias tradicionales, donde era la familia y no la escuela, la principal encargada de la reinserción laboral. Esto determina el surgimiento de un nuevo rol social de los padres, lo cual reorganiza de otra forma los estilos de vida familiar, relegando al adulto al rol de suplencia económica familiar, como garantía de la protección, el acompañamiento y la manutención económica y afectiva del menor.

Los padres aspiran a promocionar hijos óptimos en el rol único de "estudiante". El proyecto académico parece mencionado en términos de una conquista indispensable como beneficio "para ellos mismos", para que se independicen y se valgan por sus propios medios. El principal medio para lograrlo es, entonces, brindarles educación.

Hay una inmensa apuesta social y familiar por la educación como motor de desarrollo hacia la autonomía, la proyección y el ascenso socioeconómico. Es importante recordar, que este rol de estudiante es nuevo, pues en generaciones anteriores era frecuente la existencia del menor trabajador con más obligaciones que derechos (sobre todo en estratos sociales populares, donde aún no se logra imponer, de manera total, la idea de un trato prefe-

rencial al menor). La aparición de relaciones comprensivas del adulto hacia el menor, le apuesta hoy día a facilitar su desarrollo, sobre todo en lo referente al ámbito académico, se convierte en un nuevo discurso hegemónico que pesa sobre la conciencia de los adultos. Cabe citar aquí la curiosa reacción social de muchos europeos, frente a tales demandas, al negarse a tener hijos (BECK y BECK, 2001).

Como ya se mencionó, es notorio el bienestar que los padres obtienen alrededor del ideal del hijo estudiante-profesional (visible en el culto nacional a la "doctoritis"); el adulto se siente realizado al ver crecer y triunfar académicamente a los hijos, superando con ello etapas hacia el futuro. Curiosamente, la inversión para el proyecto futuro entra muchas veces en choque con los valores juveniles del disfrute "aquí y ahora", tema que se retomará más adelante como uno de los principales causantes de las expresiones de malestar en los adultos y en los jóvenes; allí donde los ideales disciplinares del sistema educativo entran en conflicto ante la irrupción de valores sociales hedonistas.

- *Padre, separado; 45 años; barrio Samanes.* "...Les inculqué a mis hijas una profesión para que fueran autónomas económicamente y no quedar atadas a un marido. Me siento en cierta forma realizado por eso... antes la mujer quedaba encerrada en un cascarón..."
- *Madre; 45 años; ama de casa; artesanía; barrio Los Andes.* "...Cumplí mi gran meta que era tener hijos profesionales... para que vivieran mejor... cuando mi hija se fue a graduar de arquitecta, casi me caigo de

la emoción; y otra hija que se va a graduar en Terapia Respiratoria y que está en el hospital haciendo práctica, eso me pone contentísima...”.

- *Madre 2; 47 años; ama de casa; barrio Los Andes*. “...me hace sentir bien que estudien y les esté yendo bien, verlos tan responsables...”.
- *Madre; 45 años, secretaria; barrio Brisas de los Álamos*. “...que los hijos vayan bien en la universidad, que tengan buenas calificaciones...”.
- *(Marcos.) Madre; 45 años; empleada bancaria; barrio Los Andes*. “...Ver que mi hijo supera sus estudios, terminó una etapa de su vida de estudiante y logró entrar a la universidad y está en ese proceso de llevar acabo sus metas...”.

Definiciones sobre qué es bienestar para los jóvenes

En esta categoría aparece una serie de temas que ilustran situaciones de bienestar de los jóvenes sobre sus relaciones con sus padres. Los temas más sobresalientes son: “El compartir juntos” (paseos, almuerzos, celebraciones y fiestas familiares –cumpleaños, día de la madre, grados, navidades, fin de año–, vacaciones, ver juntos partidos de fútbol, películas en vídeo, almuerzos dominicales, salidas a cenar). “Que haya buen diálogo y comunicación” (Cuando se pueden contar cosas íntimas, problemas o triunfos personales –sobre todo a la mamá–. Cuando los padres no están de mal genio. Cuando comparten entre alegría y risas. Poder expresarles a los padres el afecto). Que den lo que se necesita materialmente (dinero, regalos, o que dejen salir).

“Que me den lo que yo necesito afectivamente” (Cuando no obligan a hacer las cosas ni presionan; que estimulen, que den palabras de aliento y apoyo afectivo; “que les interese mi porvenir académico y profesional”. “Sentirme respaldado y protegido”. “Que me den moral y valores”. “Que estén ahí”). “Tener apoyo materno frente a un padre distante” (algunos entrevistados hablan de una madre “incondicional”, confidente, amiga, apoyo emocional en las decisiones; alguien que hace cosas para hacerlos sentir bien).

Una forma particular de esas tácticas populares se expresa en el compartir juntos, como readaptación a los cambios en las condiciones de vida. (Un claro ejemplo hace referencia al “bienestar en las fiestas y celebraciones”). Experiencias que pueden ser vistas como espacios de relajamiento y catarsis, no sólo en el sentido de la mera diversión, sino como subversión, contra el miedo, la seriedad, la rigidez y la rutina, la ridiculización de la propia identidad y la de otros. Expresiones catárticas de emociones contenidas (espacio para la burla, la grosería, la emoción expresada y el melodrama), que son a su vez implícitas concepciones de mundo y formas de vida propias de una cultura donde el baile y la rumba ocupan un lugar central. Formas propias de lo popular en las que se desafía el tomarse en serio los roles (por ejemplo, de padres e hijos) y que subvierten el miedo al poder jerárquico, las disciplinas, la moral ascética y la mismísima muerte.

- *Joven mujer; 18 años; estudiante de Fisioterapia; barrio Metropolitano*. “...Cuando todos no sentimos bien, disfru-

tando de algo o recordando algo bueno. Cuando nos sentamos todos a recordar, a ver televisión o cuando viajamos juntos... –con el papá– cuando los dos estamos de buen genio... pero es con mi mamá con quien mantengo más apegada...”.

- *Joven varón; 24 años; estudiante universitario; barrio Brisas de los Álamos.* “...Llevarse bien con la familia, almorzar juntos sábados y domingos, reírse, ver películas o partidos en familia en la cama de mis papás, pasar las tardes juntos... a él le interesa mucho mi porvenir, me dice que estudie, que rinda, que tengo que asentar cabeza...”.
- *Mujer; 19 años; estudiante Terapia Ocupacional; barrio Calima.* “...pues sí, todos aportamos en cuestión de ideas en la familia, que exista como la unión familiar, comprensión... cuando nos reunimos, cuando estamos así todos compartiendo cualquier cosa, aquí siempre es un cumpleaños... todos juntos... o sea detalles mínimos pero, pues, que a uno lo llenan porque están todos unidos y siempre hemos estado juntos... que me fue bien en tal examen, en tal cosa y que todos te feliciten y todos se preocupen porque te vaya bien... en los cumpleaños, pues porque estamos todos reunidos y, pues, siempre que la torta, que la comidita... es rico pasarla en familia y otra es cuando terminé el semestre bien y cuando me gradué de la carrera técnica que hice... mis papás estaban, supongo, orgullosos”.

En estos enunciados de los jóvenes, parecería confirmarse la hipótesis del afianzamiento

de nuevas formas socializadoras narcisistas e individualizantes (LIPOVETSKY, 1983) en el tipo de relación ejercida por los adultos. Pero también se puede leer el material desde otra hipótesis menos escéptica, interpretando estas expresiones como formas de solidaridad por parte de los adultos, reivindicadoras de las maneras de cada sociedad para la “vida en común” (MAFFESOLI, 1985).

Según los relatos, los jóvenes parecen ser receptores privilegiados de una infinidad de beneficios y “solidaridades” provenientes de la generosidad de los adultos. La familia es vista aquí como refugio tranquilizador. En tanto no parecen haber mayores exigencias de contraprestaciones (fuera de estudiar y colaborar en algunos oficios domésticos), los jóvenes enuncian una serie de experiencias de bienestar en las relaciones familiares en las cuales se extiende el rol privilegiado de hijo.

- *Joven mujer; soltera; 25 años; arquitecta; barrio Los Andes.* “...que yo tenga lo que necesito, que me estén ayudando a conseguir trabajo, que no me obliguen o presionen... él –padre– me ayuda en lo que yo le pido (económicamente), y yo a él, sin intereses, sin pedir nada a cambio...”.
- *Joven varón; 20 años; estudiante universitario; barrio San Luis.* “...Cuando hay buena comunicación... a veces me da miedo contarles cosas... hay bienestar cuando salimos por ahí a pasear; sí, él se comporta bien... cuando no está de mal genio es asequible... mi mamá es rebién con nosotros, apoyándonos, dándonos impulso... y regalos...”.

- *Joven varón; 18 años; estudiante de bachillerato; barrio El Troncal.* "...La colaboración mutua... nos colaboramos mutuamente, ya que estoy más grande, se puede decir, nos entendemos mejor; ya lo he entendido a él como padre y, pues, nos llevamos mejor y nos hemos como unido más... De bienestar, pues vera, mi mamá es una madre de familia, en casa, nosotros mantenemos hablando mucho, entonces el bienestar es mutuo, pues ella me explica cosas, me da moral... me da valores...".
- *Joven varón; 18 años; estudiante universitario; barrio Los Andes.* "...llevarse bien, compartir, evitar peleas... tengo unos papás que me quieren mucho, eso es muy importante porque un debe sentirse protegido; tengo padres responsables, ellos siempre responden por todas las obligaciones que tienen conmigo y mis hermanas...".

Es importante señalar el manejo estratégico de una doble vida o de unos roles dobles (PHOENIX, 2002) como una forma de adaptación estratégica y episódica al mundo familiar mediante una serie de pequeñas concesiones en el encuentro, convivencia y tolerancia con los adultos, que garantizan, además de cierta protección, pertenencia y seguridad, el acceso económico a formas de diversión y consumo. Los jóvenes encuentran en los roles familiares una base organizadora y segura, a manera de "centro de operaciones", fundamental para el despliegue de otros proyectos para su movilidad en el mundo extrafamiliar, en el cual el proceso de individuación se invierte para dar paso a roles cambiantes o identida-

des múltiples, a otras éticas y modalidades de vida societal con el grupo de pares (este tema se retomará más adelante al analizar los enunciados de malestar de los jóvenes).

- *Joven mujer; 20 años; soltera; estudiante universitaria; Santa Helena.* "Ella es mi confidente, es mi amiga, ella siempre ha estado conmigo en la parte emocional, ella llora conmigo, ella me apoya en mis decisiones, me respeta... prácticamente pues todo, hace que yo me sienta bien, así yo esté mal.... con mi madre, de pronto cuando hablo –de salir–, pues, me pone horas... a tal hora tenés que llegar... empieza a echar cantaleta, entonces eso me pone de mal genio y por eso discuto con ella...".

En conclusión, se hace necesario revalorizar en estos fragmentos la existencia de una serie de valoraciones donde lo popular se manifiesta. La idea de cultura popular que se retoma aquí, tiene que ver con "los procesos constitutivos y transformadores de la organización material y espiritual, comunes a una sociedad, clase o grupo" (MARTÍN BARBERO, 1987). La cultura (antes limitada a la idea de lo elevado, lo espiritual, lo ideal y abstracto) se amplía y se redefine ante el reconocimiento y la emergencia de otras estéticas prácticas de la vida cotidiana: modas, costumbres populares, prácticas cotidianas y expresiones donde los grupos establecen formas de bienestar. Pervivencia de una economía afectiva, que moviliza el relajo en las formas de hablar y comportarse, que reivindica el plano material, del encuentro en sus variadas gamas, visible en formas positivas de lo desmesurado (que son otro extremo de lo humano), las solidaridades familiares y vecinales, la generosidad, el

esfuerzo, el sacrificio y la regeneración, la ingenuidad, el conformismo ante las adversidades, la fe y la religiosidad elemental, lo melodramático y la sensiblería.

- *Joven varón; 23 años; estudiante de bachillerato; barrio Las Granjas.* "...bienestar es expresar sentimientos a mis padres y hermano; expresarles cuanto los amo, cuanto los quiero y ellos a mí, las cosas que para mí significan es compartir y dialogar; es expresar sentimientos... el hablarme, preguntarme qué me pasa, cómo me siento, el de buscar soluciones, el de darme aliento, apoyándolo a uno; entonces, para mí esas son las situaciones que me dan un respaldo, que me siento protegido por ese apoyo que me da... gracias a ese cambio y a ese apoyo he obtenido y he recuperado valores invaluable que de pronto tuve...".
- *Mujer; 19 años; soltera; estudiante Terapia Ocupacional; barrio Calima.* "...mi papá no ha sido así como tan abierto, como que papi venga le cuento que tengo un amigo, no; en cambio con mi mamá sí tengo más confianza, me entiende, es comprensiva, mi mamá sí es la amiga, la confidente...".

Definiciones sobre qué es malestar para los padres

Junto a las anteriores expresiones de bienestar se hizo una indagación en los mismos sujetos acerca de sus experiencias de malestar, que –paradójicamente–, tienen una fuerte relación con las primeras. El aplazamiento del ingreso a la vida adulta (promocionado por la promesa educativa), la comprensión y la per-

misividad hacia los hijos, promocionadas por las nuevas lógicas de bienestar, generan a su vez una serie de tropiezos y conflictos diarios, expresados en "quejas por la irresponsabilidad de los jóvenes". Las expresiones de malestar por parte de estos padres se resumen en dos tipos de quejas contra los hijos: el "no acatamiento de normas por hedonismo" (malestar de los padres por poco estudio de los jóvenes por salidas a la calle y vida social extra-escolar) y la "desorganización y poca colaboración en los oficios de la casa".

Estas expresiones, más que ser el producto de conflictos particulares, pueden ser explicados o reconocidos como parte de la aparición social de una nueva cultura individualista, igualitarista y hedonista que hace colapsar los ideales familiares y las exigencias disciplinarias.

Aunque hay un acuerdo por parte de los padres en las bondades de un relajamiento de las exigencias disciplinarias, estos nuevos ideales les producen un ambiguo desconcierto cuando entran en contradicción con las formas como fueron socializados (cuando ellos mismos eran jóvenes), que son ideales que a pesar de los cambios, perviven en la vida cotidiana. Aunque los adultos logran precisar en el joven la causa del malestar por su no reciprocidad (por ejemplo, en aportes mínimos al cumplimiento de proyectos en común que tienen que ser impuestos por los adultos), estas quejas no parecen convertirse en conflictos agudos entre adultos y menores. Aunque se sugiere de manera implícita que el ideal o rol de los jóvenes debería ceñirse a cumplir estos proyectos; existe en los enunciados de los adultos cierta complicidad o laxitud (tal vez

producto de la incertidumbre), lo cual parece evitar el despliegue de mayores conflictos familiares.

- *Madre; Cerrito; 45 años; barrio Brisas de los Álamos.* "...cuando nosotros nos fijamos unas metas o queremos que ellos hagan algo y ellos tienen una visión muy diferente... Hoy como la educación es menos estricta, ellos quieren hacer todo a su amañó y acomodar las cosas como ellos quieren... quieren imponer las cosas... –el hijo– es descuidado con los estudios, sale tarde, a veces no llega... no le gusta que le llamen la atención..."

Hay que señalar la correspondencia de estas quejas de los padres con los señalamientos sobre bienestar (relaciones de reconocimiento, diálogo y conciliación; estar junto a ellos y llevársela bien; ofrecerles beneficios emocionales y materiales; poder sacarlos adelante y cumplir la meta de volverlos profesionales). El malestar en las relaciones entre padres e hijos parece ser producto no tanto del fracaso de los ideales de bienestar sino, más bien, como resultados o consecuencias episódicas de aquellos, en el sentido que el predominio del reconocimiento, la suplencia y satisfacción de deseos o demandas individualistas del menor (nuevos ideales socializadores de la sociedad contemporánea), traen muchas veces como consecuencia la falta de responsabilidad de estos últimos y la ausencia de compromiso con las solidaridades grupales (LIPOVETSKY, 1983). Los proyectos modernos de los padres chocan con las prácticas de la cultura hedonista de esta generación, en las cuales ocupa un lugar central los derechos del menor. Sin embargo, estas prácticas tienden cada

día a ser legitimadas y naturalizadas de manera indirecta por los mismos adultos.

- *Madre; docente; casada; barrio Santa Helena.* "...ahora que salen y de pronto toman mucho, entonces eso es lo que no me gusta, porque a veces, pues uno no sabe cómo van a actuar... son de un carácter más bien fuerte... que se alteren y lleguen a tener algún problema... ella como que se vuelve muy extrovertida... como que se desinhibe demasiado, entonces no me gusta porque no la veo como es ella..."

Por otra parte, es notoria la "suavización" de los conflictos familiares en comparación a la anterior generación (los adultos de hoy tienden a atenuar las faltas de sus hijos). Cuando la colaboración de los hijos en el hogar y la responsabilidad en los estudios era un deber, más o menos garantizado y compartido en su cumplimiento por el conjunto de la sociedad disciplinaria (que asociaba el "rumbear" con la vagancia y la "pérdida del año"), su incumplimiento generaba fuertes choques con los adultos. De igual forma, la ruptura de los jóvenes con estos ideales de colaboración familiar produce una ausencia de solidaridad del menor con el proyecto adulto sin generarse mayores traumatismos.

- *Padre; 38 años; supervisor ventas; barrio El Troncal.* "...que de pronto ellos se vayan y no me digan para dónde salen. Mi hijo mayor tiene 18 años y me hace sentir mal el hecho de que él se vaya y no me diga para dónde va, ni con quién sale...¿por qué?, pues hombre, la situación del país en este momento, no tanto

de la juventud... de pronto, pues, las malas amistades (...) la otra es que él no cumpla con sus responsabilidades o con lo que se compromete, si él se compromete a hacerme un favor, me produce malestar que él no lo haga...".

En estos relatos, los padres plantean que los jóvenes se desentienden y se desprenden de sus tareas, en tanto hay atractivos modelos, roles o estereotipos culturales de "lo juvenil". Los modelos dominantes, agenciados sobre todo por el grupo de pares y los medios masivos de consumo, parecen desinteresar al joven por el proyecto educativo (MARGULIS y URRESTI, 1998). El predominio socializador que antaño tenía la familia, parece desplomarse frente al poderoso llamado a socializarse por fuera de la casa, convertido hoy día en una culturalidad diferente (que es un nuevo "deber ser" para muchos jóvenes). Aunque buena parte de los modelos de socialización se producen bajo el imperio de los medios masivos, no se puede desconocer que en lo masivo existen justas reivindicaciones de lo popular (como el derecho a la rumba como una nueva forma de pervivencia del carnavalesco medieval). Por otra parte, en la escuela y la familia no parecen reinventar proyectos atractivos para los jóvenes que pudieran servir de suplencias mediadoras a la crisis de los roles autoritarios tradicionales.

La autonomización o desprendimiento agenciados por la familia y la escuela parece devenir en formas parciales de la práctica de mantener al joven dentro de la condición de "menor de edad", en un estado de protección permanente. Parte de esta impugnación a los mode-

los disciplinarios adultos, ya de por sí desacreditados, reposan en la poca valoración de muchos jóvenes al proyecto escolar y familiar, que el joven termina relegando a la condición de esa su "segunda vida alterna".

– *Padre; 48 años; barrio Brisas de los Álamos. ¿Qué le produce malestar?* "...que no acaten mis órdenes, que me lleven la contraria... en discusiones por el tipo de amigos que tienen, que salgan –a rumbar– y se demoren mucho tiempo... el –hijo– es una persona despreocupada e irresponsable frente al estudio. A mí me gusta que todo sea correcto, que todo sea ganado con esfuerzo y dedicación. La mamá se pone del lado de él...".

Una de las expresiones de malestar para algunos padres es el "no acatamiento de normas por hedonismo de los hijos" (salidas a la calle y poco estudio). Los nuevos lemas sociales de relaciones suaves y dialógicas entre adultos y menores, se acompañan de la exigencia de un fuerte auto-control del adulto (ELÍAS, 1968), esta vez dirigido hacia la prohibición social actual del autoritarismo, la dominación y la agresividad por parte de los adultos y la promoción social de una vida autónoma de los menores (valoración del menor, retirado del mundo laboral y dedicado a la escolarización obligatoria).

Se genera así, una alta inversión de auto-contención del adulto en la aplicación de normatividades hacia los menores, lo cual ha generado un nuevo proceso de individuación del menor, en el cual, los padres se ponen en el lugar de comprender a los hijos, promoviendo una flexibilización en la asunción de normas y una fuerte inseguridad (como lo plan-

tea un padre entrevistado) que logra ser atenuada en los relatos:

- *Padre; 45 años; barrio Samanes*. "...son disgustos normales, hay problemas como en toda parte; no hay nadie que sea perfecto... cuando un hijo me contesta duro... me siento como agredido... la parte moral ha cambiado 180 grados, en la parte moral y espiritual, antes había mucho respeto por los mayores, los padres eran muy diferentes a lo que se maneja ahora... hoy hay mucha desinhibición y yo no puedo reprimirlas o encerrarlas –a las hijas–; es decir, nada es anormal, pero si hay situaciones, por ejemplo si yo veo que sale con un tipo que no le conviene o que tiene algún compromiso, entonces yo ahí intervengo, porque esa situación no me gusta..."

En tanto predomina socialmente la suavización de las costumbres, aparecen en los enunciados de los padres frecuentes retóricas de atenuación ("...son disgustos normales, hay problemas como en toda parte; no hay nadie que sea perfecto..."); o indicando, tal vez, un cambio social ante el cual el adulto es impotente, al no tener claridad sobre cómo obrar, prefiriendo optar por actitudes de comprensión y delegación ("...hoy, como la educación es menos estricta, ellos quieren hacer todo a su amaño y acomodar las cosa como ellos quieren... quieren imponer las cosas..."). Aparecen, incluso, padres que se sienten culpables de ser "cantaletosos". Como un nuevo "deber ser", los padres establecen relaciones amorosas de mucha cercanía con el menor, se sacrifican por él, le dan lo mejor de sí, buscan mejores condiciones de vida (ropa, rega-

los colegios y universidades costosas), pero esta laxitud trae sus consecuencias en la no reciprocidad del menor, reducido a ser foco de atenciones y servicios (LIPOVETSKY, 1983).

Sin embargo, este tipo de vínculo afectivo, al diluir los roles tradicionales del adulto, da lugar a situaciones ambivalentes ante la aplicación de normas, convirtiéndose en el principal campo de situaciones de "malestar suavizado" en las relaciones familiares, por quejas ante situaciones de "desorden en la casa", "poca colaboración de los hijos en los oficios y tareas domésticas", "poco cumplimiento de las responsabilidades en el estudio" (que genera pérdida de años o de semestres), "salidas a fiestas o rumbas", "salir sin avisar a donde van", "permanencia por fuera de la casa hasta altas horas de la noche", "malas compañías", "contestar fuerte a los padres", "comportamientos indebidos por relajamiento social de los valores" (aparecen tres casos de consumo de drogas y alcohol y uno por noviazgos con personas casadas), "llevar la contraria o contestar duro a los padres", "peleas entre hermanos" o "cuando los hijos le quieren imponer sus criterios a los adultos".

- *Padre; 49 años; barrio Los Andes*. "...cuando no llegamos a acuerdos ante un problema, que no quieran aceptar lo que estoy proponiendo. Que le lleven la contraria a uno; que no acepten el mensaje que uno les quiera dar: Cuando no nos ponemos de acuerdo yo trato de cortar, evadir la discusión... a veces ellos lo minimizan a uno..."
- *Padre; barrio Nápoles*. "...la evolución social por la que atraviesa nuestra sociedad,

encontramos mucha diferencia en pautas de comportamiento y de crianza con las que recibimos nosotros... ellos –los hijos– plantean que nos los comprendemos. Pero ellos no nos comprenden a nosotros...que queremos el bienestar para ellos... la mamá lo apoya y dice que esa es su forma de ser...”.

Los jóvenes desarrollan actualmente una fuerte vida social por fuera del núcleo familiar, en el grupo de pares y bajo la influencia de los medios masivos, que promocionan además de valores hedonistas, otras opciones de ser, identificación, reconocimiento y pertenencia, formas de agruparse, solidaridades y “societá-lidades” (MAFFESOLI, 1985; 1988). Los jóvenes descubren otro tipo de lazos de identificación con su grupo de pares (parecerse a otros) y diferenciarse de los modelos “anticuados” de su familia de origen.

Todas estas situaciones de malestar en los adultos se dan por las formas de socialización y agrupamiento de los jóvenes, definidas a partir de una cultura hedónica de la rumba, el consumo de alcohol, el largo encuentro entre pares del mismo estrato o la misma condición.

– *Madre; 45 años; enfermera; barrio Metropolitano.* –Respecto a qué le produce malestar: “...que no obedezcan, que no cumplan con lo que les toca, que lleguen a deshoras, sin avisar o sin saber dónde están. Que no cumplan con el colegio y que no digan donde van a estar o que están donde tales amigas...”.

– *Madre; 45 años; empleada bancaria; separada.* “...es el común denominador de

toda familia, que uno desea que los hijos cumplan normas y obedezcan. No cumplen normas y hacen lo que quieren, traspasar, beber... –mi hijo– me parece que actúa muy irresponsablemente frente a sus actividades en la universidad, le falta dedicación...pierde materias, sabiendo que tiene todo el tiempo disponible para estudiar...”.

Malestar para algunos padres es la “desorganización y poca colaboración de los hijos en los oficios de la casa”. Es muy notorio en los enunciados de malestar, la existencia de una serie de retóricas de atenuación de estos, mostrándolos como acontecimientos episódicos (“...a veces son así”), como situaciones sin importancia, problemas baladíes (“no colaboran, pero de resto no hay problemas”). Con ello se hace visible el predominio de una nueva socialización hacia los menores (sin mayores exigencias de reciprocidad), reducidos a la condición de receptores de derechos y privilegios pero no de obligaciones hacia los otros (ni siquiera ante su propio grupo familiar). De manera implícita se naturaliza por parte de los mismos adultos la idea de que los oficios de la casa son “obligaciones” para el adulto (sobre todo para la madre) y meras “colaboraciones voluntarias” para el menor; con ello se promueve en los jóvenes una justificación de su poca participación y en las madres una doble esclavitud (sobre todo cuando trabajan por fuera del hogar). Se muestran los oficios domésticos como asuntos que no son obligatorios para los jóvenes y que corresponden simplemente a una especie de favor (incluso, cuando quien crea el “desorden” sea el mismo joven).

De esta manera se confirman, naturalizan y redistribuyen roles familiares que son realmente construcciones sociales epocales.

Es muy importante señalar el carácter de “naturalización retórica” de estos comportamientos juveniles, como producto de un contraste selectivo (los hijos de antes eran más sumisos, pero también con serias limitaciones en sus deseos) en tanto nuevamente al hacer una reminiscencia de otras generaciones, vemos como en muchos padres y abuelos de estratos populares, se devela cómo los oficios domésticos no eran una “colaboración voluntaria ni deseada” sino un deber, una obligación, como parte consustancial a su rol de hijos pertenecientes a un grupo familiar.¹

Estos nuevos padres han naturalizado e interiorizado una nueva valoración social del menor, en la cual ellos mismos terminan sintiéndose culpables de ser “cantaletos” y por obligar a los hijos a colaborar. De igual manera, en las quejas por las “discusiones entre hermanos” se muestra el fuerte predominio de una “suavización de las costumbres” (ELÍAS, N., 1968; 1997), siendo notorio en los enunciados la valoración negativa que hacen los padres de los enfrentamientos entre aquellos (aunque hoy día parecen reducirse a enfrentamientos verbales más que físicos). La autocontención de la agresividad en los adultos se hace extensiva a la generación de los hijos como nueva exigencia civilizadora.

- *Madre; JZ; 47 años; ama de casa; barrio Los Andes.* “...la falta de colaboración o

cuando hacen algo sin voluntad o cuando discuten entre ellos...”.

- *Madre; docente; barrio Santa Helena.* “...cuando mis hijos discuten, cuando hay roces entre ellos me siento muy mal; es decir, me hace sentir demasiado, demasiado mal. A veces son muy desorganizados, hay veces me siento mal porque me toca toda la carga de la casa y ellos no colaboran...”.
- *Madre; 38 años; ama de casa; barrio El Troncal.* “...algo que me incomode o no me guste: el desorden... yo de pronto alejo mucho cuando los veo que hacen desorden o que no me colaboran, pero de resto no... de pronto cuando él se está alejando un poquito de mí, yo lo llamo, ahí mismo le pregunto por qué está tan alejado de mí si yo lo amo, igual con mi otro hijo... llevamos una relación buena, lo único que no les gusta de mí es que les hecho cantaleta porque me dejan desorden, pero de resto bien....”.

Definiciones sobre qué es malestar para los jóvenes

“...hoy día, Dionisos impulsa a las nuevas tribus bárbaras (...) por los grandes almacenes, agitados por la furia consumidora, por las masivas convocatorias deportivas dominadas por un inquietante frenesí; a las muchedumbres anodinas que callejean sin una finalidad concreta (...). Tal vez sea este el signo anunciador de la postmodernidad (...). Sea como fuere, el principio de realidad nos invita a tomarlos en cuenta, en primer lugar porque están ahí y porque no se pueden obviar y, por otra parte, porque fueron los bárbaros los que acabaron regenerando a civilizaciones tocadas de muerte...” (MAFFESOLI, 1988. p. 67).

1. Ver los relatos de las madres cuando comentan que les tocaba por obligación, cocinar, planchar, lavar, hacer mandados, mercar, ayudar en la crianza de los hermanos menores e, incluso, atender a los padres.

Ante los enunciados de malestar planteados por los jóvenes, se hace necesario adoptar una interpretación múltiple que permita complejizar el análisis más allá de las lecturas psicopatologizantes; allí donde los ideales de armonía, igualitarismo, dialogicidad y alianza familiar desnudan sus contradicciones. Más allá de los significados compartidos entre jóvenes y adultos (visibles en los testimonios de bienestar), emergen conflictos que a pesar de estar fuertemente cargados por retóricas de atenuación en el momento de ser relatados (lo cual los hace aparecer como eventos sin importancia), permiten visualizar un problema civilizatorio central, donde esos pequeños choques y rupturas hablan de conflictos generacionales que propenden a la fragmentación y a las reestructuraciones históricas ante problemáticas que advierten la emergencia de subculturas, portadoras de otras lógicas y acciones, otras formas de vida, que podrían agenciar una crítica a los modelos establecidos (visible en las distintas concepciones, insinuadas en prácticas y éticas cotidianas juveniles que desnudan los límites y las crisis de los modelos establecidos tradicionales).

- *Joven varón; 24 años; estudiante universitario; barrio Brisas de los Álamos.* "...bueno, por el rendimiento académico –perdí un semestre–; por las llegadas a la casa tarde... a mí me gusta la rumba cada ocho días... me recalcan las responsabilidades; pero hay poca comunicación, poco hablamos, poco nos vemos en semana...".
- *Joven varón; 18 años; estudiante universitario; barrio Los Andes.* "...cuando mis padres me alegan o me regañan por la

irresponsabilidad, cuando tengo que estudiar al otro día y llego a la madrugada pasado de tragos... por lo general, siempre creo malestar en la casa, porque mucha veces estoy en desacuerdo con lo que dicen mis padres y me alegan por casi todo lo que hago... y siempre piensan que tienen la razón y eso es lo que no me gusta...".

- *Joven varón; 18 años; estudiante de bachillerato; barrio El Troncal.* "...Con mi papá es que... yo a veces le pido tiempo para que me dedique, pero como el trabaja mucho, entonces llega muy cansado y casi no nos dedica tiempo, pero no, no nada fuera de lo común (...) –con mi mamá de malestar–, es que yo la hago gritar porque soy muy desordenado; entonces es por eso...".

La alta valoración de los menores por parte de sus padres (sobre todo por la madre) se presta paradójicamente a ser un terreno de conflictos. Al relajarse los sistemas disciplinares se promueve un nuevo estereotipo publicitario de "lo juvenil" como una nueva identificación histórica, marcada por el cuerpo, el disfrute de la vida alegre y despreocupada por fuera del ámbito familiar y escolar (MARGULIS y URRESTI, 1998). Se expresa aquí cierta imagen de joven que va de fiesta en fiesta, con derechos pero sin responsabilidades, fuertemente influenciado por la cultura audiovisual que promueve otras pautas éticas y estéticas, visible en los estilos de vida extra-familiar, vestimentas, gestualidades, gustos y modas compartidas con el grupo de pares, en los cuales el baile y el consumo de alcohol generan un escape al orden racional y a la

apuesta del desarrollo (en el cual el cumplimiento de las obligaciones escolares parecen ser su único y último bastión civilizador). Sin embargo, estos reclamos se pueden tornar “justos” si se piensa que, en efecto, la versión imperante en el mundo adulto desconoce el carácter socializador de estas prácticas hedónicas.

El principal malestar de los hijos en las relaciones con sus padres se da por las discusiones generadas por su no acatamiento de normas y hedonismo, salidas a la calle, poca dedicación a los estudios y falta de colaboración con el grupo. Los hijos consideran que a este malestar contribuye la mala comunicación establecida por sus padres (gritos, cantaleta y “pullas”), la poca comprensión (no ser escuchados), el exceso de normas familiares (poner horas fijas de llegada, retaliaciones por llegadas tardes). Más que asumir alguna responsabilidad en el origen de los problemas, los jóvenes tienden a señalar a los padres como los culpables de las discusiones (incomprensión y mal genio producido por estrés laboral), explicados como un “atraso” de adultos “amargados por el orden”, incapaces de entender el nacimiento de cambios liberalizadores en la vida urbana contemporánea.

– *Joven varón; 23 años; barrio Las Granjas.* “...en las relaciones familiares, para mí, el malestar es, por ejemplo, pensamientos, situaciones o reacciones de la familia que de pronto van de una forma no positiva (...) las situaciones que me producen malestar son la forma de reprender, de llamarme la atención, de corregirme, de pronto no lo hacen de la mejor manera,

me indisponen... es de pronto la falta de diálogo por la falta de confianza que no tenemos el uno de otro...”.

– *Joven mujer; 20 años; barrio Samanes de Guadalupe.* “...Pues, lo que pasa es que ella es muy exigente conmigo; por ejemplo, ella quería que yo fuera la primera en todo, entonces, si no lo lograba para ella eso era malo; o sea, de ahí para abajo eso era malísimo... mamá no soportaba llegar como estresada del trabajo y que de pronto yo no hubiera hecho algo en la casa, entonces toda esa rabia la descargaba conmigo...”.

– *Joven mujer; 25 años; arquitecta; barrio Los Andes.* “...cuando a uno no lo escuchan, no lo entienden, no le dan espacio... cuando me están gritando, que me digan lo que tengo que hacer, que me programen...”.

Las retóricas de los jóvenes naturalizan la promoción de derechos individuales como la legítima libertad (frente a una vida “programada”, el derecho a tener sus propios espacios de experimentación y de disfrute autónomo por fuera del hogar; por ejemplo, vida societal con pequeños grupos de pares). Aunque la mayoría de los padres, de manera directa e indirecta, promocionan en los hijos la adopción de modelos masivos de juventud (cultura de “lo juvenil” naturalizada como propia o natural), sienten temor ante “el exceso” de liberación individualizadora que perjudica sus grandes proyectos o ideales disciplinarios. Existe en los jóvenes de hoy la vivencia de una autonomía impedida por el mundo familiar y la tutela de los adultos (la vida extra-familiar con los

grupos de pares, termina convirtiéndose en un espacio deseado por los jóvenes e indeseado por los adultos).

Algunos muchachos expresan quejas por el poco tiempo de sus padres para escuchar "otras razones", lo cual significa un límite a la dialogicidad preconizada. Todos estos temas y situaciones de malestar ilustran la irrupción social de nuevas exigencias sociales hacia los padres e hijos (amigos permanentes), con pedidos de auto-control de la agresividad (los padres nunca deberían regañar sino solamente dialogar amablemente). Hay que señalar que aunque tienden a desaparecer las quejas por maltrato físico (en comparación a las anteriores generaciones), emergen nuevas quejas por "maltrato verbal" y límites normativos.

- *Joven mujer; 20 años; soltera; estudiante universitaria; barrio Santa Helena.* "...en realidad yo soy más amiga, confidente, de mi mamá que de él –papá– porque él no nos ha prestado mucha atención en la parte emocional... él nunca ha estado con uno como para darle un consejo, como para decirle si algo está bien o mal hecho, siempre ha sido todo plata y lo emocional, pues, lo ha dejado como en otro plano; nunca he entablado una conversación con él para que me aconseje, la verdad no; o que él me diga venga hablemos, no, nunca...".

Es interesante observar que si bien el tema de la calle y la rumba (como potenciales generadores de vicios e irresponsabilidad) son evidentes problemáticas para los adultos, parecen no serlo para los jóvenes. En la sociedad contemporánea comienzan a considerarse

como justas, válidas y necesarias las reivindicaciones hedónicas, asociadas a lugares propios de los jóvenes, autónomos a la tutela familiar.

De allí que algunos muchachos comiencen a considerar como desmesuradas las demandas adultas de adaptación, tales como las concepciones de autocontrol de las pasiones, la responsabilidad, el poner límites al ejercicio de la rumba y el disfrute (bajo la difusa y conformista promesa de una futura promoción laboral mediante el estudio).

Más que ver aquí dramas de origen exclusivamente psicológico, hay que insistir en la existencia de profundas transformaciones sociales que han llevado a la decadencia los modelos identificatorios adultos y promovido en los jóvenes la imitación de modelos provenientes de los medios masivos que ofrecen éticas prácticas de vida, donde predomina la espontaneidad, la informalidad y el relajamiento de los roles, normas y tabúes de la sociedad de los padres, con lo cual se abre campo a la proliferación de múltiples formas de vida en las prácticas cotidianas, en las cuales se hace notorio el surgimiento de culturas juveniles alternas en ruptura con las culturas adultas (ELÍAS, N. 1997).

- *Joven mujer; 20 años; estudiante universitaria; barrio Santa Helena.* "...Cuando me alegan porque llego tarde; a los otros dos –hermanos– no les dicen nada, sólo por el hecho de que ellos trabajan y sí pueden hacer lo que se les da la gana; en cambio como yo soy la menor, entonces a mí sí me tienen hora fija... que no tome tanto, eso sí me pone

de mal genio, que me estén como puyando, puyando y puyando, o sea, se meten en mis cosas y no, no me gusta. Tal vez cuando por las salidas descuido mis estudios y a veces saco calificaciones bajas, pero, sin embargo, las paso; entonces, como que a ellos no les gusta eso, están como molestando (...) que pilas, que no vaya a tomar mucho, que no vaya a hacer cosas, pues que a lo mejor yo me arrepienta...”.

Si metodológicamente se adopta una interpretación múltiple de los enunciados se puede plantear otra hipótesis interpretativa. Los jóvenes al reivindicar sus formas de vida, afirman una “diferencia” con respecto a la posición de los adultos (“gente estresada y amargada por el trabajo y las responsabilidades”).

En perspectiva, las prácticas hedónicas pueden estar expresando una justa y válida disolución de valores sociales autoritarios y disciplinarios “fuera de época” (visible en la abierta defensa que hacen algunos jóvenes de la rumba y el encuentro con los amigos, que no es visto por ellos como irresponsabilidad, exceso o improductividad). Estas opciones de vida “diferente” pueden portar fuerzas de resistencia y renovación social (MAFFESOLI, 1985; 1988).

La promoción del goce, el amor, los noviazgos, la fiesta, el juego, la sensualidad, el encuentro comunicativo, la vida en común con los otros, revaloriza el presente y la vida. Estas formas de subversión a la domesticidad familiar, corroen los proyectos disciplinarios racionalistas, la identidad rígida, el yo coherente y la vida rutinaria entregada a los deberes, la

moral austera y las obligaciones (proyectos de identificación adulta cada vez más desposeídos de deseo y significatividad para muchos jóvenes e incluso para algunos adultos). Podrían leerse aquí nuevas modalidades prácticas “subversivas” de transformación subjetiva y grupal que bien podrían estar dando continuidad a procesos históricos de larga duración, que fueron acallados por el racionalismo disciplinario de la modernidad.

- *Joven varón; 20 años; estudiante universitario; barrio San Luis.* “...con mi padre, no nos entendemos bien, por la forma de ser él con uno. Él es muy temperamental, es lo que él diga y entramos en choque. Eso me daña el humor. Me meto en el cuarto y no saludo. Me da mal genio. Con testo con tres piedras...”.
- *Joven mujer; 18 años; estudiante de Fisioterapia; barrio Metropolitano.* “...mi papá lo regaña a uno por algo que uno no ha hecho o por culpa del otro. Cuando no le hago caso, cuando me manda a la tienda y uno no está en disposición... me produce malestar que a las mujeres no les den permiso y a los hombres sí...”.
- *Joven mujer; 19 años; estudiante Terapia Ocupacional; barrio Calima.* “...es cuando existe alguna discusión, algún problema, uno siempre es defendiendo su posición y su punto de vista y que los otros no te entiendan eso, no te comprendan... especialmente con mi papá, pues él es muy radical en su pensamiento... él no acepta que uno piense diferente... en el fondo no lo acepta... mi mamá es de muy buen genio, sino que a veces se le sale el

mal genio, entonces dice las cosas así como de mal genio; a mí no me gusta eso porque, pues, está como descargándose en uno que no tiene nada que ver allí y ya...”.

Debate teórico

“...Pero ¿en qué consiste entonces, concretamente, el posible alcance emancipador y liberador de la pérdida del sentido de la realidad, de la erosión del principio de realidad en el mundo de los mass media? Aquí la emancipación consiste, más bien, en un extrañamiento (...). En cuanto cae la idea de una racionalidad central de la historia, el mundo de la comunicación generalizada estalla en una multiplicidad de racionalidades “locales” –minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas–, que toman la palabra al no ser, por fin, silenciadas y reprimidas por la idea de que hay una sola forma verdadera de realizar la humanidad, en menoscabo de todas las particularidades, de todas las individualidades limitadas, efímeras y contingentes...”. Vattimo, G. 1989. La sociedad transparente. Barcelona: Paidós, 1996. p. 84.

La aparición en los materiales discursivos de acontecimientos que pueden ser interpretados desde puntos de vista contradictorios, van arrojando una creciente duda acerca de la objetividad de cualquier interpretación, razón por la cual adquiere importancia el reconocimiento de la producción de los discursos relacionados con sus contextos de origen. Un error metodológico sería el simplificar el análisis de las problemáticas entre jóvenes y adultos bajo la falsa premisa de la pertenencia de ambos grupos a una misma sociedad armoniosa y unitaria que seguiría reglas y roles en los cuales no habría lugar para la diferencia (ROSALDO, 1989). Los análisis psicológicos

adscritos a una visión moderna privilegian una lectura psicopatologizante (por ejemplo, el psicoanálisis); dan cuenta de una época de crisis en las relaciones familiares, auspiciada por la decadencia de un ordenamiento simbólico o disciplinario (a veces universalizado como un “deber ser” representado por las figuras adultas de autoridad), a partir de cuya “crisis” se produce un relajamiento en los sistemas normativos y una suavización hedonista de las costumbres. Se debe señalar de entrada que esta investigación, en sus interpretaciones y conclusiones, se adscribe a la idea post-estructuralista de la progresiva “erosión de la objetividad” (ROSALDO, 1989; GERGEN, 1991; 1994) asumiendo por ello el reconocimiento de la existencia de una inevitable construcción retórico-persuasiva de la realidad y la memoria en cualquier interpretación o relato (GEERTZ, 1989; POTTER, 1996). Por todo lo anterior, se insistirá a continuación en una doble interpretación, apenas insinuada en el capítulo anterior (GIDDENS, 1993).

Trascendiendo las lecturas psicopatologizantes del tema, comienzan a surgir voces optimistas venidas principalmente de los estudios culturales y el construccionismo social (MAFFESOLI, 1985, 1988; VATTIMO, 1989; GERGEN, 1991), quienes exponen que la crisis de la modernidad, la erosión de la autoridad disciplinaria y la suavización de las costumbres, plantearían más bien una apuesta liberadora (apertura a líneas de fuga, expansión de perspectivas y diferencias, reconocimiento de las culturas locales) por medio de la cual se anuncia la irrupción de formas de identidad y cultura, al parecer, esperanzadoras (MAFFESOLI, 1988; MARTÍN BARBERO, 1998), tales como la

conquista por parte de algunos jóvenes de una "posición de sujeto intermedia" (PHOENIX, 2002) en la cual aparecen como opciones tácticas y adaptativas, la construcción de "personalidades pastiche" (GERGEN, 1991), la negociación de roles "oscilatorios" (VATTIMO, 1989), logrando con ello pluralizar las perspectivas de existencia (por ejemplo, en un ir y venir entre el hedonismo y una posición ética de responsabilidad ante el presente y el futuro).

Desde otra posición interpretativa, se plantea que junto a la crisis de los valores disciplinares coercitivos de la modernidad y el surgimiento de un nuevo "sentimiento de la niñez" (ARIES, 1987; BADINTER, 1980), que cobija hoy día a los jóvenes hasta bien pasada la adolescencia, están emergiendo a su vez nuevas prácticas sutiles de dominación, nuevas censuras y violencias simbólicas (como la obligación para el adulto de colmar de amor y atenciones a los hijos), impulsadas por las nuevas formas del mercado, la psico-pedagogización de la vida cotidiana (LASCH, 1995) en las cuales adquiere carácter obligatorio el compromiso adulto por la felicidad de los menores, la promoción de nuevas formas de ideales de bienestar, tales como la de construir "jóvenes óptimos y felices" (BECK y BECK, 2001) a nivel del desarrollo intelectual, la salud anímica y física (incluido ahora el cultivo a la forma o imagen corporal, propiciada por el desarrollo de la estética dental y las cirugías). Todo lo anterior parece representar para el adulto una pesada carga de sacrificios y responsabilidades.

La obsesión por educar bien a los hijos para producir "hijos óptimos", planificados; es planteada por algunos autores (BECK y BECK,

2001) como el producto de ideales desbordados y expectativas sociales exageradas, que convierten la educación de los hijos en una pesada carga emocional, intelectual y económica para los padres (el amor a los hijos se convierte en una exigencia planificada como un "deber ser" sometido a una serie de reglas estandarizadas por los especialistas).

La producción de esta nueva ética de la responsabilidad, coloca en duda a muchos adultos frente a su capacidad e idoneidad como padres (lo cual los conduce, como pasa en los países desarrollados, a la decisión de no tener hijos). De allí el surgimiento de todo tipo de especialistas (médicos, dietistas, psicólogos, consejeros, instructores y psicopedagogos) como intermediarios tutores de la crianza y la educación de los hijos, los cuales buscan "sensibilizar" e incluso "culpabilizar" al adulto ante cualquier tipo de necesidades del menor (visto como un ser tierno, inocente y permanentemente vulnerable).

Mientras los discursos y las intervenciones de los expertos comienzan a entronizarse como formas dominantes, los tradicionales saberes y convicciones de las comunidades se desvaloran, trocados por un cúmulo de nuevas obligaciones y exigencias agobiantes (de allí las quejas de algunos padres por ser desconocidos por sus propios hijos).

Por otra parte, hay que señalar que al interior de los discursos de los expertos abundan las contradicciones y los consejos opuestos que nos hablan de la presencia simultánea en las sociedades contemporáneas de ideales, discursos y prácticas incompatibles. Esto obliga a la complejización del estudio de las prácti-

cas discursivas, como deudoras de sistemas de exclusión-inclusión que controlan las condiciones de emergencia de los discursos (FOUCAULT, 1971), allí donde de devela un campo social de lucha entre discursos hegemónicos y discursos subalternos que intentan producir, reproducir o transformar las prácticas desde diferentes intereses, bien sea a favor de la hegemonía o la resistencia. En este combate, las tácticas o mecanismos de retórica persuasiva obran de manera preformativa a favor de la valorización, normalización o acreditación de una u otra versión de realidad (FOUCAULT, 1971).

La crítica que se podría denominar como "escéptica" (BAUDRILLARD, 1970; LIPOVETSKY, 1983; LASCH, 1995), señala que la postmodernidad, lejos de promover una subversión total de las costumbres, conduce a entronizar nuevos imperativos de dominación encubiertos en construcciones particulares de "lo juvenil" (MARGULIS y URRESTI, 1998) basadas en el disfrute de toda suerte de ofertas comerciales, parafernalias tecnológicas y adminículos de la sociedad de consumo (como el celular y el computador personal, vestidos costosos, la financiación de fiestas y diversiones). Estos autores sugieren que la decadencia del modelo moderno de ordenamiento racional y disciplinario parecería beneficiar las nuevas lógicas post-industriales, promovidas por una sociedad de consumo dirigida, en beneficio de una postmodernidad light, cool, seductora y alienante, que busca desmoronar los símbolos de autoridad que se oponen a sus intereses comerciales (BAUDRILLARD, 1970; LIPOVETSKY, 1983; LASCH, 1995). El establecimiento selectivo de nuevas reglas éticas y es-

téticas (que a su vez relajan selectivamente ciertas normas), presagia, según estos autores, el establecimiento de nuevos grupos o círculos de poder emergentes que promueven identidades juveniles, valores, prácticas y consumos favorables para consolidar su dominio social.

Parecería ser que los aparatos de dominación del Estado penetraran hasta la intimidad. Se formulan nuevos códigos de "derecho del menor" con los cuales el adulto que maltrata, obliga a trabajar al menor o es irresponsable con su manutención, pueda ser procesado judicialmente. Todo esto configura, además, para los adultos la necesidad de una mayor autocontención de su agresividad (ELÍAS, 1997) y una vida dedicada al cuidado, la solicitud y la protección del menor (LIPOVETSKY, 1983), visto como un ser vulnerable al mundo.

Junto a las formas de reivindicación de los jóvenes, surgen a su vez, nuevas problemáticas (implícitas en los testimonios de malestar cuando la protección se vive como sobreprotección encarceladora), y también nuevas formas de resolución a estas, como por ejemplo, la emergencia de personalidades juveniles híbridas, propensas al juego de roles que les permite tener una doble vida al interior de las lógicas institucionales disciplinarias y por fuera de ellas (GERGEN, 1991; PHOENIX, 2002). Se generan, igualmente, nuevos imaginarios en torno a amenazas, riesgos y tentaciones; sobre todo relacionados con los peligros del exceso del goce y la diversión, el abandono de los estudios, la vagancia, el contagio de enfermedades, vicios y adicciones; todos estos vivenciados por los adultos y los psicó-

logos como las nuevas tragedias patológicas de la juventud actual (ARIES, 1987).

Pensado lo anterior en relación con el proceso civilizador occidental (ELÍAS, 1968) el control social tiene como proceso básico el establecimiento y la interiorización de un aparato de auto-contención y regulación de las emociones o afectos en el psiquismo de sus miembros, que logra establecer “hábitos”; es decir, inclinaciones o predisposiciones para actuar, pensar o sentir de determinada manera (Bourdieu, 1980). Mediante este proceso de individuación, los grupos intentan garantizar la estabilidad en las relaciones intersubjetivas, creando cierta comunidad de sentido. Sin embargo, si bien en una misma familia o grupo hay determinado tipo de hábitos dominantes, comunes a sus miembros, y cuando algunos de estos conviven con otras culturalidades no tradicionales, pueden desarrollar hábitos disímiles (como es el caso de los jóvenes en el contexto urbano actual hecho de traslapiamientos, culturas transnacionales y pluralidad de relatos).

Lo anterior quiere decir que el proceso civilizatorio y los hábitos no están determinados y establecidos de una vez por todas (no son esencias naturales coaguladas). Pensando de una manera compleja, lo social es un campo de batallas entre diversos poderes y versiones de realidad, en flujo de fuerzas (no necesariamente evolutivas o lineales), que están sometidos a los acontecimientos, a las nuevas interacciones, a conflictos y transformaciones diferenciales, por ejemplo, entre una generación y otra. Es decir, no son estructuras universales estables, unitarias, históricas o inmodificables. Por esta razón, el surgimiento

de nuevas valoraciones hacia los jóvenes y el relajamiento de las normas disciplinarias hacia aquellos, da cabida a otro tipo de análisis y versiones que rompen con las lecturas escépticas anteriormente señaladas, resaltando el papel de las mediaciones de lo popular.

Propuesta de otras interpretaciones alternas del material. La apuesta por una hermenéutica doble

“...se deja oír una nueva exigencia. Escuchémosla: necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores, y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias en las que aquellos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (...), un conocimiento que hasta ahora no ha existido, ni tampoco, ni tan siquiera se lo ha deseado. Se tomaba el valor de esos valores como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda...” (Nietzsche, 1972. p. 23).

Para complejizar el debate interpretativo desde una hermenéutica doble (GIDDENS, 1993), se hace necesario resaltar el aporte de otros autores críticos, quienes reaccionan contra las versiones mecanicistas y estructuralistas proponiendo conceptos tales como: tácticas de lo popular (DE CERTEAU, 1980); prácticas subalternas, resistencia moral (GRAMSCI, 1998); mediaciones de lo popular (MARTÍN BARBERO, 1987); sobrevivencia de lo dionisiaco (MAFFESOLI, 1985); societalidad y neo-tribalismo (MAFFESOLI, 1988); narrativas múltiples (ROSALDO, 1989). Con ello se manifiestan “otras lecturas” que resaltan el papel activo de lo popular en las transformaciones históricas, en tanto fuerzas de lucha y capacidad de resistencia frente a los discursos y prácticas de la dominación. De esta manera, se puede planear que la asimilación de lo hegemónico, por parte de lo popular, nunca se reali-

za de manera pura y pasiva (GRAMSCI, 1998), sino, por el contrario, de forma heteróclita. Las mediaciones en tanto "contaminadoras" de la hegemonía muestran como, por ejemplo, los relatos audiovisuales y las formas de lo masivo, están atravesados por valores, convicciones prácticas, sentido común, intereses y creencias de lo popular. De igual manera, las nuevas prácticas relacionales entre padres e hijos, más que ser reducidas a una "estrategia maléfica de la dominación", necesitan desintrincarse agudamente en su complejidad para determinar qué de lo popular las atraviesa y qué de los discursos hegemónicos terminan reivindicando, a veces sin darse cuenta, matrices milenarias de larga duración que obran de manera subversiva, incluso en contra de la dominación misma.

Más aun cuando las nuevas generaciones, al ser receptivas a nuevas estéticas y en contraposición a un mundo adulto uniformado, promueven la incorporación de una heterogeneidad de valores, sensibilidades, gustos estéticos, trayectorias y prácticas de vida diferentes, provenientes incluso de las tradiciones populares mismas (ver, por ejemplo, la sobrevivencia de matrices de lo popular y formas de lo carnavalesco en los rituales de agrupamiento, la rumba o el retorno de ciertas prácticas neo-tribales). Por supuesto, también se produce la asimilación de valores y prácticas de contextos transnacionales promocionados por los medios masivos, pero aún así la hegemonía no logra controlar de lleno la diversidad, ni neutralizar el poder corrosivo de las diferencias. Estos cambios en las prácticas sociales de relacionarse, rompen a veces, de manera radical, con las formas disciplinarias

agenciadas por la familia y la escuela tradicional, produciendo un nuevo tipo de individuación y de socialidad en los grupos de jóvenes (pertenencias identificatorias a un grupo de pares) guiadas no siempre por una des-traditionalización de los hábitos, lugares, situaciones, lenguajes, éticas o costumbres.

Por lo anterior, las concepciones familiares de salud, más allá de los reduccionismos de las explicaciones individualistas (de origen psicogenético), necesitan ser pensadas a la luz de su inmersión en profundos cambios en las prácticas macrosociales (ELÍAS, 1968), resaltando la irrupción de narrativas múltiples, nuevas representaciones de socialización que generan a su vez, disímiles roles y formas de comportamiento subjetivo, promovidas por la suavización de las costumbres, la valoración al menor, la permisividad y flexibilización de la autoridad adulta y los nuevos procesos de socialización liberalizante y hedonista.

Las normas disciplinarias mínimas (como la reducción del joven al rol de estudiante), comienzan a ser percibidas por algunos jóvenes como una demanda agobiante del mundo adulto (aunque todos sepan que se imponen "por el bien" de los menores); y por parte de los adultos, más allá de las lecturas reducidas a las "tragedias de la juventud", se presiente el surgimiento de una nueva culturalidad que pone en cuestión la solidez de los valores adultos disciplinarios y que lleva a varios autores a plantear la siguiente interrogación: ¿quién está en crisis: los adolescentes o la sociedad moderna? (BRUSSET, 1975).

Entre los factores socio-culturales que producen las transformaciones en las concepcio-

nes de bienestar y malestar en las relaciones familiares, se pueden destacar, la consolidación de una vida urbana integrada a los procesos del consumo, la expansión de la economía capitalista y las lógicas del mercado, la emergencia de culturas globalizadas, mundiales, desterritorializadas, impulsadas por el desarrollo de los medios de comunicación que promueven nuevos universos simbólicos, sistemas de vida, prácticas y valores en las cuales la liberalización de las costumbres, el culto al agrupamiento, la promoción de los derechos de las mujeres y los menores es su denominador común. Estos cambios hacen entrar en crisis los rígidos sistemas simbólicos con que fueron educados los adultos. Lo que en apariencia es una mera "ayuda para el desarrollo y la autonomización del joven", termina convirtiéndose en una obligación para ambos (por ejemplo, obligarse a responder por el estudio del menor y obligar a este a que estudie y sea un profesional), como un proyecto racional ilustrado que cada vez más parece carecer de significatividad para unos y otros (más cuando la actual crisis económica no garantiza a nadie una futura ubicación laboral).

Tras la actual decadencia de los roles rígidos y los valores disciplinarios tradicionales (lo cual no significa su total desaparición), no aparecen modelos únicos de familia, como tampoco supuestos básicos, éticas universalistas o normas únicas de interrelación familiar. Por el contrario, se visualiza cierta incertidumbre, por la convivencia pastiche de roles, normas y valores a veces contradictorios (GERGEN, 1991), ante los cambios de época que conducen a vivenciar relaciones familiares cada vez más

complejas y desconcertantes, en las cuales los hijos exigen menos limitaciones y los padres, por su parte, no saben con total claridad qué medidas tomar, qué normas imponer o qué roles ejercer (incertidumbre que puede ser leída como una sospecha práctica por parte de los adultos del sin-sentido de las antiguas certezas racionalistas normativas).

La anterior confusión se hace visible en los enunciados de malestar de los jóvenes ante las exigencias normativas del grupo familiar. Mientras los padres intentan imponer valores normativos, en apariencia "evidentes" para ellos, los jóvenes por su parte se muestran cada vez más agobiados por las normas de comportamiento ya predefinidas (tales como las expectativas ante la promesa educativa futura, el estudio obligatorio y el control de los goces), promoviéndose la irrupción de una pluralidad de mezclas y transacciones estratégicas entre la disciplina y el disfrute que generan en los jóvenes formas de vida que van desde el malestar relacional y la adaptación estratégica, hasta la participación, por fuera del ámbito doméstico, en subculturas y formas de socialidad, identificación, agrupamiento y comunidades generacionales cada vez más dominadas por los valores impuestos por los medios masivos de consumo (BECK, 1986), en las cuales campea el goce, la experimentación en "el aquí y el ahora" y una serie de prácticas que marcan la diferencia ante la generación adulta (MAFFESOLI, 1988).

La emergencia de otros valores de bienestar y malestar y la mezcla de estos con los hábitos y costumbres de los adultos, va en contravía de la idea de encontrar éticas universa-

les de comportamiento, leyes sobre la salud o fórmulas de vida generalizables a todo tipo de institución socializadora, cultura familiar o grupo generacional (ELÍAS, 1997).

Las pretensiones científicas universalizantes omiten estudiar a fondo la diversidad de perspectivas locales y los matices de sus procesos particulares (que no son totalmente homogéneos ni siquiera al interior de un mismo grupo familiar o generación). En las entrevistas de padres e hijos, se ponen en juego construcciones sociales en interacción, las cuales no se pueden estudiar por fuera de los sistemas de significado de los sujetos situados en contextos culturales particulares y diferenciados de acuerdo con la historia cultural, la posición, los intereses de los distintos actores. Así, pues, las nuevas preocupaciones de los padres (como, por ejemplo, hacer una alta inversión en amor y cuidados hacia el menor y liberarlos de las responsabilidades laborales para que estos se dediquen de lleno a los estudios), termina siendo vivida por muchos jóvenes como una nueva forma de esclavización.

Se hace presente el drama de los muchachos ante las exigencias escolares y pedagógicas (que suponen una hiper-exigencia de racionalidad, ilustración y auto-contención), al enfrentar estas prácticas a la irrupción del hedonismo contemporáneo, donde los grupos juveniles, por fuera de la familia, se ven inducidos a una relación distinta con el tiempo, las normas, el cuerpo, el ocio, el enamorarse, hacer pareja, disfrutar, experimentar, consumir (por ejemplo drogas, programas televisivos, músicas), formas de agrupamiento muchas veces en contravía de los valores disciplinarios, promociona-

dos por los adultos (que le apuestan a una realización en el tiempo futuro).

La emergencia de saberes y prácticas diferentes supone el reconocimiento de la existencia de múltiples realidades al interior de una misma cultura y una misma familia. Se logra vislumbrar en ciertos comportamientos de los jóvenes, de otras formas de vivir que son una crítica práctica a las maneras familiares adultas de concebir la vida, ser adulto o ser joven.

Falta, entonces, reabrir un campo de análisis desde otras perspectivas no limitadas a los parámetros clásicos de la psicopatología o de la crítica escéptica; recurrir a estudios en los que imperan categorías tradicionales de orden simbólico, normalidad y patología, que obturan una problemática cultural mucho más profunda y compleja. Se hace necesaria y pertinente una hermenéutica doble e interdisciplinaria para hacer intervenciones consecuentes con la diversidad de perspectivas (por ejemplo, las versiones contradictorias ofrecidas por dos generaciones). Los saberes y las prácticas de salud mental familiar están, pues, indisolublemente ligados con el surgimiento de diversas prácticas sociales venidas de las transformaciones culturales en la sociedad. En dichos cambios, los adelantos comunicacionales y tecnológicos del mundo globalizado tienen una influencia decisiva en la redefinición de las identidades y en la convivencia de la diversidad.

Al hacer una revisión teórica sobre los conceptos de salud mental en términos de malestar y bienestar (OSSA, PAMPLONA, GONZÁLEZ, REBELO, 2004), se infiere, entonces, la necesidad de trascender las definiciones clási-

cas provenientes de las disciplinas psicológicas, para asumir explicaciones socio-genéticas (ELÍAS, 1997; FOUCAULT, 1963; 1976), acordes con los contextos sociales locales de donde emergen las prácticas y los discursos de los informantes, con mayor razón, cuando se pierde una realidad común de sentido entre las generaciones. Las realidades no se construyen desde fundamentos objetivos (por ejemplo, los valores disciplinarios adultos), o las esencias del deber ser (la adultez como objetivo) sino desde significados diversos. Tal es el caso de la justificación y reivindicación que hacen los jóvenes a las prácticas hedónicas y a los goces intensos (como el consumo de drogas y la rumba), vistas por algunos adultos como desmesuradas o “nocivas” o “irresponsables”, prácticas pero consideradas válidas por muchas subculturas juveniles, como un valor supremo de auto-afirmación o reconocimiento; por lo menos, en el consenso (etimológicamente: “sentir en común”) del grupo de pares: de bienestar ante una vida de deberes y obligaciones.

Lo anterior implica asumir una línea de trabajo investigativo en el cual se abre paso la valorización de la pluralidad de explicaciones, como puerta de entrada a nuevas concepciones de salud y a la búsqueda de soluciones adecuadas a la complejidad de las problemáticas contemporáneas. Se busca trascender así, la hegemonía de los saberes existentes sobre salud, para develar la existencia de narrativas generacionales diferenciadas que son otro tipo de saberes construidos socialmente, mostrando el papel decisivo de los contextos y los cambios epocales. Surgen, por ejemplo, nuevas formas de “organizar” la vida mediante

una serie de tácticas (DE CERTEAU, 1980), en las cuales los jóvenes intentan negociar con el mundo adulto, maneras mestizas de combinar las exigencias disciplinarias del estudio y la responsabilidad, con las nuevas prácticas hedónicas que ocupan el paradójico lugar de ser “experiencias fundamentales de bienestar” para los jóvenes, por encima de lo que piense el mundo adulto.

Se percibe, entonces, el surgimiento de nuevos roles (por ejemplo, las identidades híbridas del joven dentro y fuera de la familia) y tipos de interacción familiar en las cuales los jóvenes y los adultos renegocian sus relaciones y, de igual forma, concepciones de salud y bienestar familiar. Tal es el caso de la actual irrupción de padres (hombres o mujeres) en la condición de suplentes comprensivos, o bien, en el papel de “amigos solidarios” que no sólo disfrutan la compañía de los hijos, sino también que les acolitan prácticas hedónicas por fuera de la familia. Una madre de familia (secretaria; barrio Brisas de los Álamos) ilustra lo anterior: “...soy madre, amiga y alcahueta con sus gustos, comidas, salidas; le doy plata para que salga a divertirse; en parte tengo la culpa que no acate órdenes, pues es al que más le he brindado afecto...”.

Hay aquí una expresión novedosa donde los padres renegocian las normas disciplinarias e incluso se inclinan por patrocinar la decadencia de las formas de autoridad tradicional. Del mismo modo, junto a estos cambios y renegociaciones de la norma, el goce y la disciplina, irrumpen nuevas dificultades y dilemas de crianza en los cuales compite la aspiración de criar “hijos óptimos para un futuro” versus

el promoverles el bienestar y el disfrute espontáneo en "el aquí y el ahora" (fiestas, salidas, rumbas, confort). Las prácticas hedónicas terminan muchas veces derivando en un problema socializador para los adultos, relacionadas con quejas por el abandono de deberes escolares, promoción de la irresponsabilidad, la vagancia, el libertinaje, el "pasotismo", las adicciones y el alcoholismo de los menores (que son algunos de los principales temas señalados en las entrevistas realizadas como causantes de malestar en las relaciones entre menores y adultos), curiosamente en estas quejas abundan las "retóricas de atenuación" que minimizan los mencionados problemas.

Igualmente, se reconoce la permanencia de algunas prácticas de crianza y expresiones familiares tradicionales, concepto que no deja de presentar cierta ambigüedad si lo comparamos con algunas prácticas milenarias que resurgen en los jóvenes, provenientes de ejes expresivos o matrices culturales populares, tales como la permanencia de la carnavalesca y el culto a Dionisio (visible en la rumba, el consumo de alcohol y drogas) como también la entronización del sentimentalismo melodramático en el amor filial, este sí compartido por ambas generaciones (MARTÍN BARBERO, 1987; ELÍAS, 1997; BECK y BECK, 2001).

Estos dejan entrever la existencia de otros "saberes populares" de bienestar en las relaciones familiares, implícitas en saberes prácticos (es decir, que su sentido está más en las acciones de la vida cotidiana, que en una coherente elaboración teórica racionalista).

En los vínculos familiares se hace visible la irrupción de nuevas prácticas civilizatorias que

buscan la suavización de las costumbres, esta vez, dirigidas hacia el control de las emociones de los adultos, tales como las prácticas de tolerancia y la gran valoración a los menores y la supresión de los castigos, pautas bastante generalizadas en los estratos altos de la sociedad, pero que comienzan a imponerse socialmente en los estratos populares (con visos de "obligatoriedad" según las disposiciones jurídicas de protección al menor).

Como se señaló anteriormente, tales prácticas no están libres de ambigüedad, contradicción y contratiempos, a partir de lo cual algunos adultos (sobre todo los papas), expresan temor e impotencia, promocionándose desde una vivencia pesimista ante la modernización, o cierto "dejar hacer", bien sea por una solidaridad oculta con los cambios sociales o como sentimiento de incapacidad para crear y proponer otros horizontes socializadores de las nuevas generaciones y, sobre todo, de generar nuevas propuestas que permitan al joven afrontar el mundo actual.

El dilema de la añoranza de los valores de antaño frente a la falta de propuestas en relación con las nuevas formas de socialidad, es el principal caldo de cultivo de las expresiones de malestar. Hay que advertir, entonces, que a cambio de construir nuevos valores socializadores en los jóvenes, coherentes con los tiempos actuales, en algunos padres aparece una añoranza conservadora por el retorno a las lógicas disciplinarias de antaño.

Con ello, el cambio se ve como decadencia o crisis de un valor supremo (que sigue siendo naturalizado). Esto supone una fuerte idealización a la familia tradicional y a las épocas

anteriores, en las cuales supuestamente imperaban “verdaderos valores esenciales” (dándose a entender que hoy, o “no hay valores” o son una degradación alienante de los verdaderos).

Una forma de problematizar los conceptos de salud, es mostrar la relación de las concepciones y prácticas con los procesos históricos culturales; en este caso, con la cultura colombiana y de manera más específica con las familias caleñas de estrato social tres. Se presienten allí, otras concepciones, visibilizadas en relatos, opiniones, costumbres, mentalidades o creencias populares en las cuales conviven formas de relación propias de la familia tradicional, que perviven como prácticas mixtas propias del hedonismo postmoderno (por ejemplo, matrices populares como el melodrama del amor filial, o las formas mencionadas de la carnavalesca y el dionisismo milenar). Para un estudio cultural profundo se hacen necesarias interpretaciones dobles (GIDDENS, 1993; ROSALDO, 1989) que reconozcan la pluralidad de perspectivas (por ejemplo, leer los materiales desde la cultura de los adultos y desde la cultura de los jóvenes) y la convivencia en un mismo campo social, de diferentes concepciones y prácticas mestizas en torno a la denominada “salud en las relaciones familiares”, sin dejar de lado zonas oscuras, donde lo dionisiaco, la carnavalesca popular y las reivindicaciones hedónicas (MAFFESOLI, 1988) hacen tambalear las construcciones modernas de lo social, conduciendo a algunos de ellos a lecturas apocalípticas y sombrías (LIPOVETSKY, 1984; LASCH, 1995).

Esto supone reconocer lo social como un campo plural no homogéneo en el cual diver-

sos grupos de actores producen disímiles prácticas y sentidos que terminan deviniendo a veces en campos de combate cultural. Un ejemplo de tal pluralidad cultural lo muestra la existencia de narraciones “pastiche” que hacen visible la convivencia o la combinación de valores comunitarios con aspiraciones modernizadoras, tales como el establecer fuertes vínculos de solidaridad con los hijos y “facilitarles las cosas” para que estos estudien, “se superen”, “salgan adelante”, “se valgan por sí mismos”, “sean profesionales”. Hay allí una curiosa combinación de reivindicaciones individualizantes (las de los hijos) a partir de una estrategia comunitaria de ayudar al otro para que los hijos logren lo que los adultos no pudieron y de esta manera “disfrutar en diferido los sueños de la modernidad” a través de las realizaciones y el cambio de clase social alcanzado por los hijos. Esto es visible en la abnegación, el sacrificio y la generosidad de los padres hacia sus hijos. Se expresan allí, la combinación de valores tradicionales con aspiraciones de ascenso social propio de las formas burguesas modernas.

Conclusiones

“...Foucault no combate los poderes establecidos en nombre de un poder más noble y más humano; los combate simplemente porque no son más legítimos que las fuerzas o resistencias que se oponen a ellos...” (Guilherme Merquior, citado por Fernando Savater en Foucault, 1990).

Los estudios sobre la juventud y la adultez permiten reconocer la emergencia de noveles concepciones de bienestar en algunos estra-

tos poblacionales, en los que se hace notoria la idealización y la omnipresencia de una nueva valoración del menor (y del joven). Por el lado de las expresiones de bienestar, es notorio el surgimiento de relaciones basadas en el rol de "padres e hijos amigos", prestos al diálogo democrático, la cercanía, el afecto, la comprensión y la tolerancia (decadencia del castigo físico, el trato drástico o la autoridad inflexible, frecuente en anteriores generaciones). Pero a su vez, se hacen visibles nuevos dilemas socializadores (dobles vínculos o demandas dobles de autonomía-protección) que se expresan en la aparición de otro tipo de vivencias de malestar relacional entre los padres y los jóvenes.

Por parte de los padres: Si es un "padre-amigo", ¿cómo ponerle normas a los hijos?, ¿qué comportamientos deben ser tolerados y cuáles no? Y por parte de los hijos no es claro tampoco qué es lo más adecuado: ¿disfrutar la vida y ser como el grupo de pares?, ¿responder a las exigencias o deseos adultos, de padres y profesores, y aplazar la diversión? Ante la ausencia de modelos sociales que permitan a los jóvenes una verdadera autonomía económica y afectiva ante su familia, la situación se vuelve a veces irresoluble, pero que logra ser neutralizada mediante la atenuación de los conflictos, mediante diversas soluciones que van desde la asunción de una doble moral de los menores (al interior y afuera del núcleo familiar), hasta una adaptación táctica y parcial (DE CERTEAU, 1980), dobles vínculos (WATZLAWICK, 1967) o mediante soluciones intermedias (PHOENIX, 2002).

A nivel del tema del malestar entre padres e hijos, es notoria la queja por el choque de dis-

tintas representaciones y prácticas de vida, identidad, valores, responsabilidades, uso del tiempo y ritmos de vida; por ejemplo, la omnipresencia en los padres de quejas por el tema del traspaso, la irresponsabilidad ante los estudios y el exceso de rumba y alcohol. Los enunciados recogidos mencionan el conflicto entre una vida dedicada a la formación académica, pero luego amenazada por prácticas hedonistas como el traspaso y la rumba.

Aparece así el temor adulto por la desvinculación de los jóvenes de su tutela, con lo cual la familia se ve amenazada como el lugar privilegiado de identificación socializadora. Este "vacío socializador" tiende a ser llenado por el mundo académico o el grupo de pares.

Pero, por otra parte, hay en los jóvenes el pedido de derechos para su socialización extraescolar, en el disfrute de una vida amable, espontánea, divertida, hecha de amistades y noviazgos. Vivencias socializadoras –bastante significativas para los jóvenes– que pasan a ser excluidas del proyecto educativo y familiar y terminan convertidas en prácticas sociales "subculturales" realizadas en las márgenes de la institucionalidad adulta (con los riesgos de reducirse a veces, a goces efímeros como las modas, el alcohol y las drogas y a una serie de relaciones afectivas y sexuales superficiales, tema que a su vez puede ser leído como un "temor válido" por parte del mundo adulto frente al bienestar de sus hijos).

Por lo anterior, se hace de supremo interés estudiar los discursos y problemáticas microfamiliares, pensándolos desde los contextos institucionales y vinculándolos con los procesos de modernización de larga duración histó-

rica y con las profundas transformaciones sociales, económicas y culturales, en los cuales se hace palpable la redefinición misma de las edades de la vida y una transformación de los estereotipos tradicionales de familia, socialización, juventud-adulterez, padre-hijo (por ejemplo, "jóvenes" de veinticinco años o más, atrapados en un alargado maternaje).

Desde su origen mismo, el surgimiento de la juventud como categoría de edad compacta, autónoma, separada de los adultos (incluso por fuera del control de estos y con proyectos de vida distintos), promovida por la masificación de la escolarización a mediados del siglo XX, produjo una lógica dual y paradójica en los adultos y en los mismos jóvenes (ARIES, 1993; ELÍAS, 1968). Los nuevos padres, comprensivos, dialógicos y permisivos, que suplen al menor (eximiéndolo, por ejemplo, de responsabilidades laborales) genera en los jóvenes vivencias de "doble vínculo" (WATZLAWICK, 1967) malestar-bienestar, protección-encierro, dependencia consentida y estallidos de inconformidad y rebeldía frente a los límites (sobre todo frente al pedido de mayores libertades, frente a una maduración física y sexual, cada vez más precoz).

Por otra parte, vemos hoy día el surgimiento de "nuevos padres" que colaboran en la promoción de valores de bienestar hedonista consustanciales al alargamiento de la juventud. Con ello se ve amenazado el imaginario tradicional que buscaba racionalizar y disciplinar al joven en el mundo adulto (ser profesionales autónomos económicamente).

Ahora que se trata de aplazar esta entrada, reteniendo al joven en un precioso estado de

indefinición y de expansión de valores en el aquí y el ahora, para la felicidad y el disfrute espontáneo de la vida (padres que suplen económicamente al joven para sus gastos de diversión, modas, rumba), con lo cual los adultos no sólo se solidarizan permisivamente con algunos valores de la cultura juvenil, sino que además obtienen beneficios secundarios tales como la realización del mito nostálgico de una edad dorada para la felicidad y la diversión, en la cual los hijos realizan lo que los padres no pudieron (ELÍAS, 1997), además de obtener de esa manera una forma alternativa de ingreso a la modernización.

En los enunciados encontrados en la muestra entrevistada, se puede analizar la emergencia de la juventud como subcultura, con valores que comienzan a diferenciarse de las culturas disciplinarias de los adultos, incluso al costo de la impugnación de las normativas adultas y de sus modelos identificatorios (ideología del éxito profesional, la racionalidad y la individualización funcional).

Pero a su vez, el difuso alargamiento de la dependencia del joven a los adultos (sobre todo a la figura materna) genera la expresión de vivencias contradictorias que van desde expresiones de malestar (ante las vivencias de límite y encierro) hasta deseos de emancipación (o mejor de autonomía relativa).

Paradójicamente, esta rebeldía se acompaña también de expresiones de profundo conformismo, pasando por la indiferencia, la despreocupación, participación en consumos ostentosos, hasta expresiones de comportamientos marginales (consumo de drogas, comportamientos antisociales, etc.).

Ya no estamos frente a jóvenes preocupados en irrumpir como fuerza política (como, por ejemplo, en movimientos políticos o estudiantiles tan frecuentes en los años sesenta y setenta); en esta juventud escolarizada se pueden encontrar expresiones de nuevas prácticas e imaginarios que hacen pensar en el surgimiento de culturalidades distintas a las de los adultos, que a su vez están determinando el surgimiento de contradictorias concepciones de bienestar y malestar (promovidas, como decíamos antes, por el alargamiento de la dependencia de los jóvenes promovido por la escolarización y la permanencia en la familia).

Por lo anterior, es importante interrogar las producciones discursivas mismas, sobre bienestar y malestar en las relaciones. Es necesario dilucidar desde dónde se habla. El discurso es escenario de combates culturales, posiciones disidentes no complementarias (BOURDIEU y PASSERON, 1970; BOURDIEU, 1980). Las retóricas generacionales pueden aportarnos luces para comprender de otra manera, no sólo los contenidos sino su forma misma; contenidos, es decir, la manera como a través de los discursos cada generación naturaliza o legitima sus concepciones de vida (y con ella, las redefiniciones de lo que "debe ser" el bienestar o el malestar. Lo social construye varias versiones de salud y bienestar desde posiciones antagónicas.

A partir de estas construcciones se despliegan tanto las visiones apocalípticas sobre el porvenir oscuro de una juventud perdida en una "era del vacío", hasta la pontificación y el culto narcisista a la juventud vista como una nueva raza (MAFFESOLI, 1988).

Sin embargo, tomar como objeto de análisis las producciones discursivas contradictorias (como en el caso de las explicaciones sobre el malestar que formula cada generación), supone reconocer los contextos sociales en los cuales los discursos nacen, se reproducen o mueren (el sentido de las palabras depende de los contextos sociales en donde estas se expresan). El nacimiento y la consolidación de la modernidad entronizó una visión progresista y lineal de la historia (y del desarrollo subjetivo y grupal) lo que implicó el establecimiento de un proceso civilizador universalizante que tuvo entre sus premisas socializadoras la interiorización por parte de los individuos de una serie de dispositivos disciplinarios de auto-control (FOUCAULT, 1976) y de auto-contención como garantes de los ideales de progreso.

Estos supusieron el manejo de las tendencias desmesuradas de las comunidades premodernas que comienzan a poblar las urbes (ELÍAS, 1968; 1997) allí donde la diversidad de fuerzas sociales promueve una tendencia al exceso, a la desmesura y a la dispersión (MAFFESOLI, 1996; 1985) más que al consenso y la armonía.

De esta manera, las expresiones de malestar en las relaciones sociales podrían ser explicadas como resultado de las limitaciones a la expansión de las reivindicaciones subjetivas (bloqueo a la realización directa de deseos o tendencias individuales).

Como consecuencia a la renuncia al principio del placer (FREUD, 1930), los sujetos experimentan hostilidad a la cultura, visible en sensaciones de frustración, insatisfacción y ma-

lestar personal, como remanente a la operación normativa de sometimiento a los principios de realidad impuestos por cada grupo cultural.

Según el psicoanálisis, ante las barreras civilizatorias (sin contar la precariedad humana ante las fuerzas de la naturaleza, tales como las enfermedades corporales y la decrepitud), los sujetos recurren a una diversidad de estrategias defensivas de evitación, atenuación y supresión de las reivindicaciones individualistas, mediante la realización sustitutiva de aquellas. Esto explicaría la difusión social del consumo como también de las adicciones y una serie de expresiones de inconformidad con el proyecto social de la modernidad. Normas sociales (tales como la prudencia, el aseo, la cortesía, la urbanidad), los tabúes religiosos (como el “no matarás”, “no desearás la mujer del prójimo”), producen malestar e insatisfacción en tanto representan la renuncia a la realización de tendencias queridas por el hombre (FREUD, 1930).

De todas las causas de malestar, tiene especial interés para esta investigación el estudio de las manifestaciones de insatisfacción en las relaciones entre los sujetos. En ellas, los límites impuestos por la inevitable socialización primaria ejercida por el grupo familiar hacen que las relaciones filiales sean uno de los principales focos de expresiones de malestar.

Por otra parte, las formas tradicionales de socialización entran en choque, no sólo con los pedidos de libertades individuales, sino también con otras nuevas exigencias sociales (tales como las libertades promovidas por la

sociedad de consumo), con lo cual se crea el “caldo de cultivo” del conflicto al interior de las relaciones padres-hijos. Al igual que muchos adultos (escindidos entre el dilema de ser amigos de sus hijos o ponerles normas), muchos jóvenes quedan prisioneros de otros dilemas, allí donde necesitan de adultos suplentes para sobrevivir económicamente (lo cual supone responder a exigencias tales como estudiar, ser racionales y colaborar en la casa); pero, también esta “protección” (acompañada de tutela y exigencias) se les vuelve asfixiante en tanto la vida extra-familiar comienza a promover otros valores más atractivos (disfrutar y compartir con el grupo de pares).

Se presenta, pues, una contradicción entre las exigencias coactivas de las normatividades promovidas por la familia (racionalidad moderna, control del hedonismo y la vagancia, limitaciones a la libre expresión de la sexualidad y la agresión). Tras ellos, los valores y prácticas propuestos por los medios masivos liberalizadores, dejan escuchar culturas globalizadoras, al parecer, apoyados en la reivindicación de antiguas tendencias a la fiesta, la carnavalesca, la embriaguez, el exceso de las culturas populares, previas al proceso civilizatorio (ELÍAS, 1969; MAFFESOLI, 1985).

Se genera, con lo anterior, un precario compromiso de los jóvenes con los tradicionales valores civilizadores propuestos por sus padres y se presenta, por el contrario, un sentimiento de expropiación que les hace sentir una vivencia de injusticia, represión y expropiación de derechos legitimados por la contemporaneidad hedonista.

Para Freud (1930), la agresividad y la realización sexual se inscriben como tendencias inherentes a una inevitable naturaleza pulsional humana (más allá del principio del placer), con el agravante que la realización libre no normatizada de tales tendencias, tendrían como consecuencia la disolución del vínculo social, en la agresión, la explotación, el abuso y la violación al congénere. Por el contrario, la prohibición de la pulsionalidad agresiva y sexual conduce a los hombres al sentimiento de malestar cuando no a la inhibición y la neurosis (sobre todo cuando las normas civilizatorias, en su exceso, producen reclusión). Para el psicoanálisis freudiano, la resultante de esta paradoja o dualidad conduce inevitablemente al conflicto y al malestar explícito o implícito en la vida individual y grupal.

Las expresiones resultantes de la operación coaccionadora civilizatoria agenciada por la institución familiar, conducen a los sujetos a diversos caminos que van desde las conductas pasivas hasta las más beligerantes, pasando por las situaciones intermedias. Uno de ellos es la experiencia sublimatoria, la cual trae como premisa el aplazamiento, el dominio de las tendencias directas, el desvío y la "realización sublimada" en otro tipo de objetos sustitutos aceptados y valorados socialmente (productos artísticos, trabajo creativo, producción intelectual o manual).

Por otro lado, la agresividad, originalmente destinada contra los otros, según el psicoanálisis, se introyecta en el yo, volviéndose una instancia vigilante en forma de auto-coacción (por ejemplo mediante la aparición de conciencia moral y culpabilidad).

Ante la encrucijada entre la obediencia a normas sociales tradicionales, la interiorización del orden prohibidor (apoyado, además, por la identificación con figuras protectoras estimadas por los menores) y la realización directa de las satisfacciones agresivas y sexuales, el dilema se expresa en los sujetos como experiencia fundamental de diversas formas de malestar, con diversos grados de intensidad (sedación adictiva, neurosis, explosividad y conductas sociopáticas).

La experiencia de contrariedad y malestar se ve doblemente reforzada por la incitación o seducción (LIPOVETSKY, 1983; BAUDRILLARD, 1970), que, por otro lado, hacen los medios masivos contemporáneos a las reivindicaciones individualistas. Movimiento liberalizador que se apoya en la irrupción de nuevas formas socializadoras (que aceptan la libre expresión pulsional de los jóvenes) y que al hacerle contrapartida a las formas socializadoras tradicionales, crean muchas veces un campo de combate entre jóvenes y adultos (en tanto vinculados todavía a instituciones conservadoras como la familia nuclear), cuando no a un sentimiento de desposeimiento, falta y malestar subjetivo impreciso (atribuido a otras causas) que encuentra paliativos en el orden del imaginario corporal (ver la proliferación de adicciones en los jóvenes como maniobra imaginaria de administración, control o exacerbación del goce).

A partir de lo anterior, se pueden deslindar una lectura moderna y una lectura postmoderna a las expresiones de malestar subjetivo. Por una parte, el pensamiento denominado postmoderno reconoce en las actuales expresiones

de malestar e inconformidad, la manifestación de “líneas de fuga” al orden y la racionalidad de la tradición moderna disciplinaria, que muchos pensadores consideran en crisis y cuya crisis anuncia la emergencia de otro tipo de subjetividades en ruptura con la homogeneidad socializadora. Las tendencias a la desmesura, el hedonismo y lo orgiástico (MAFFESOLI, 1985 y 1988; MARTÍN BARBERO, 1987 y 1998) propondrían la emergencia de tendencias vitalistas y renovadoras de lo humano en contraposición al modelo agotado y reclusivo de la modernidad. Bajo los ideales del progreso, la productividad capitalista ha fracasado en su promesa de bienestar y desarrollo democrático y con ello deja sin contenido las imposiciones disciplinarias de los cuerpos y las identidades (FOUCAULT, 1976) y tales expresiones de malestar podrían ser el anuncio esperanzador de una nueva época, acallada por el control disciplinario racionalista (defendido por ciertos valores oficiales que sobreviven aún en la escuela y la familia) que expulsa a las márgenes de la sinrazón, cierta corriente carnavalesca (BAJTIN, 1971) y orgiástica de antigua data (MAFFESOLI, 1985; 1988), la cual queda excluida de los proyectos socializados adultos, como su sombra.

Pero por otra parte, una serie de autores que hemos agrupado dentro de la categoría de “críticos escépticos” (LASCH, 1995; LIPOVETSKY, 1983), no serían tan optimistas frente a esta situación. Para ellos, las actuales expresiones de inconformidad y las tendencias a los goces intensos, a la desmesura pulsional (LACAN, 1988) y al desorden de los sentidos (RIMBAUD, 1972), más que la expresión de experiencias válidas de liberación, estarían anunciando la

irrupción de ideales y prácticas desestabilizadoras del orden social tradicional junto a la irrupción de nuevas formas de socialización alienante, en las cuales el culto a las imágenes, al cuerpo-forma, entronizan nuevas dictaduras seductoras que a su vez, impondrían otras formas sutiles de dominación y control, tales como el establecimiento de nuevos cánones comerciales, visibles en ideales de belleza, felicidad y auto-realización que se convierten en nuevas formas “light” de esclavitud, auto-control y auto-contención (por ejemplo, la obligación de ser feliz, el sometimiento a esclavizantes rutinas deportivas, dietas y consumos). Este nuevo ejercicio de control estaría dominado por el silencioso e inevitable ejercicio de nuevas formas de violencia simbólica (BOURDIEU, 1980). Un autor tan perspicaz como Elías (1997) nos advierte que la emergencia y la generalización progresiva de experimentaciones con nuevas formas y reglas de comportamiento, advierten de la llegada al poder de nuevos grupos sociales que, a partir de nuevos cánones de vida, consolidan su dominio.

Otros investigadores (ARIES, 1993) plantean la necesidad de un aprendizaje en la vida real cotidiana en la cual se trate a los menores como “pequeños adultos” como preparación para su futura reinserción en el mundo. Aries plantea que es nocivo el alejamiento de los menores de las actividades y responsabilidades “reales” (promovido entre otras por la escolarización). Sin embargo, ELÍAS (1997), señala que esta lectura es simplificadora en tanto recurre a un modelo medieval imposible de llevar a cabo en sociedades urbanas industriales tan complejas y cambiantes como las ac-

tuales, las cuales exigen una hiper-especialización de roles, oficios y otro tipo de formas de auto-control de emociones mucho más sutiles (visible en la actual sofisticación del aprendizaje de la lecto-escritura y las matemáticas en entornos tecnológicos).

Al igual que los adultos (en su dilema de ser "padres-amigos" o poner normas), los jóvenes contemporáneos también parecen quedar atrapados en otro dilema: elegir entre un goce intenso (propuesto por subculturas extra-familiares) o la satisfacción en un bienestar familiar y escolar prudente y mesurado, cada vez más vivido como insatisfactorio o insuficiente, ante los abrumadores ideales de felicidad promocionados por los medios masivos, como reivindicaciones de una hipotética tendencia a la desmesura en el corazón de las subjetividades y los grupos, allí donde las nuevas generaciones son espoleadas culturalmente a la conquista de un goce cada vez mayor que, al parecer de los adultos, puede terminar haciendo causa común con el malestar (en sus expresiones de desmesura).

Los padres presienten en las nuevas formas sociales liberadoras una profunda tentación a echar por tierra el proyecto de progreso y la racionalidad moderna. Presentimiento aparejado al sentimiento de impotencia e incapacidad (no saber qué hacer, ni qué límites poner), como síntoma de una progresiva falta de funcionalidad parcial de su rol de padres (ELÍAS, 1997). En últimas, los nuevos valores sociales ya no promulgan criar a los hijos a "imagen y semejanza" de ellos, sino "darles autonomía" en su elección, para que se identifiquen por fuera de la familia.

Esta situación de discordia, más que pretender ser resuelta por esta investigación, es reconocida, señalada y presentada en la complejidad de sus aristas, como condición de base para la densificación de futuras investigaciones, análisis o intervenciones, allí donde las investigaciones tradicionales lo clausuran o resuelven, con el llamado a valores trascendentales de bienestar, tales como el rescate de la moral, la armonía, el justo medio, el retorno a "los tiempos de antes", la unión familiar y las sanas costumbres (cuando no, su regulación mediante opciones represivas o mediante la introducción de abstractas y universales "normas simbólicas"), que resultan claras y atractivas para muchos adultos (educados bajo otras condiciones históricas y sociales donde la validez de ciertas concepciones de la racionalidad, lo simbólico, lo prohibido y el principio de realidad parecerían ser asuntos diáfanos), pero que hoy día resultan insuficientes y frustrantes para muchos de los jóvenes quienes las viven como excesos de moralidad y puritanismo, allí donde determinados deseos y goces se oficializan y se tornan difíciles de controlar o prohibir (en tanto tendencias fuertemente interiorizadas en los jóvenes, a partir de hábitos globalizados mundialmente).

Las soluciones parecen ser variadas. En los enunciados de esta investigación se hace visible como algunos adultos comienzan a disminuir el peso de las coerciones educativas y la rigidez moral sobre las nuevas generaciones, creando espacios familiares más amables y entornos educativos más permisivos y relajados. Estos adultos posiblemente son suspicaces y sospechosos ante las renunciadas y sacrificios que el progreso y la condición adulta

parece “prometer” a sus muchachos (bajo la fantástica promesa de una sumisión al orden laboral del rendimiento y la producción, cuando no a un incierto futuro en el desempleo); también se hace significativo señalar que algunos jóvenes logran negociar una “posición de sujeto intermedia” entre los deberes del estudio y la rumba (PHOENIX, 2002), cuando no tácticas de evasión y acomodamiento a las exigencias familiares (DE CERTEAU, 1980).

Por otra parte, es importante señalar que el reconocimiento de esta situación de discordia (nunca habrá bienestar total, ni satisfacción total, ni vida sin conflictos) resulta en sí mismo, una tema central de trabajo en la refundación de proyectos plurales socializadores, ritualizadores, educativos, terapéuticos y familiares para las nuevas generaciones, más cuando los proyectos racionalistas tradicionales, tal como están planteados hoy día (lo cual no quiere decir que tengan que ser siempre de esa “forma”), son vividos como una presión civilizadora insoportable y cuando esos proyectos oficiales parecen perder significatividad para muchos jóvenes (y también para padres y profesores como “efecto dominó”). De igual manera, los “rituales de paso” (como elaboradores de goces devastadores y experiencias mortíferas) desaparecen de la tutela de las colectividades adultas reemplazadas por las “tutelas”, “suplencias” y “rituales de consumo” de los grupos de pares, la sedación narcótica (ver el alto consumo de alcohol y marihuana en la juventud caleña) y por las ilusiones de bienestar ofrecidas por los medio masivos (para más clases favorecidas). Se hace necesario, entonces, la tarea de repensar y refundar opciones alternativas, nuevas relaciones e ins-

tituciones que preparen a los jóvenes para trabajar este real de discordia y asumir creativamente la dificultad de vivir.

Esas propuestas suponen el reconocimiento de las nuevas y diversas culturalidades que surgen en la vida urbana y que promueven otro tipo de formas de ser y estar en el mundo (así como otros goces, deseos y aspiraciones), allí donde se reconozca que cada grupo necesita particulares modelos de auto-control y regulación afectiva (ELÍAS, 1997).

Nada garantiza que esa tarea la puedan realizar los adultos de hoy, pero se convierte en un desafío apasionante para cualquier tarea educativa, cultural, clínica o terapéutica, que tenga como premisa de base la apertura a la pluralidad y al reconocimiento de los significados e interpretaciones que los propios sujetos y grupalidades de estudio propongan (y no las insuficientes, anacrónicas e idealizadas formas que todos conocemos y que los jóvenes impugnan de manera visceral y espontánea en sus prácticas). Para concluir, y a propósito del “povervenir de una ilusión”, es interesante citar una premonitory frase de Freud:

“... ¿No sería útil confesar honestamente el origen puramente humano de todas las instituciones y prescripciones de la cultura? ¿Es que la civilización no podría sobrevivir sin dichos fundamentos?-. (...) Al mismo tiempo que caería su pretensión a un origen trascendental, cesaría también la rigidez e inmutabilidad de estas leyes y disposiciones...”. (Freud, 1927).

Bibliografía

- ARIES, P. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus. 1989.
- _____. *Ensayos de la memoria*. Bogotá: Norma. 1995.

- BADINTER, E. *¿Existe el amor maternal?* Barcelona: Paidós-Pomaire, 1981.
- BAJTIN, M. *La cultura popular en la edad media y el renacimiento*. Barcelona: Barral, 1995.
- BAUDRILLARD, J. *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Barcelona: Plaza y Janés, 1974.
- BECK, U. y BECK, E. *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós, 2001.
- BORDIEU, P y PASSERON, J.C. *Elementos para una teoría de la reproducción*. Madrid: Popular, 2001.
- BOURDIEU, P. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus, 1991.
- BRUNER, J. *Actos de significado*. Buenos Aires: Alianza, 1996.
- BRUSSET, B. *¿Quién está en crisis, el adolescente o la sociedad? En: Jeunesse en ropture. Dupes ou prophètes*. París: Autrement. Trimestriel 1/75-22 f. 1975.
- CARLISKY, N.; KATZ, C.; KIJAK, M. *Vivir sin proyecto. Psicoanálisis y sociedad posmoderna*. Buenos Aires: Lumen, 1998.
- DE CERTEAU, M. *La invención de lo cotidiano*. Madrid: Euroamericana, 1996.
- DERRIDA, J. *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires: Manantial, 1996.
- DUCROT, O. *El decir y lo dicho*. Barcelona: Paidós, 1986.
- ELÍAS, N. *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura, 1997.
- _____. *La civilización de los padres*. Bogotá: Norma, 1998.
- FOUCAULT, M. *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI, 1997.
- _____. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo Veintiuno, 1977.
- _____. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1974.
- _____. *La vida de los hombres infames*. Madrid: La piqueta, 1990.
- FREUD, S. 1914. *Introducción al narcisismo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1984.
- _____. *El porvenir de una ilusión*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1984.
- _____. *Malestar en la cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1984.
- GEERTZ, C. 1989. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós, 1997.
- GERGEN, K. 1991. *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 1992.
- _____. *Realidades y relaciones*. Barcelona: Paidós, 1996.
- GIDDENS, A. *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- GRAMSCI, A. *Introducción a la filosofía de la praxis*. México: Fontamara, 1998.
- LASCH, C. *La rebelión de las élites*. Barcelona: Paidós, 1996.
- LIPOVETSKY, G. *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- LYOTARD, F. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1987.
- MAFFESOLI, M. *Elogio de la razón sensible*. Barcelona: Paidós, 1997.
- _____. *De la orgía*. Barcelona: Ariel, 1996.
- _____. *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria, 1990.
- MALDONADO, C.; MICOLTA, A. y DOMÍNGUEZ, M. *Representaciones sociales y prácticas de la paternidad y la maternidad en Cali*. Cali: Biblioteca de la Universidad del Valle, 2000.
- MARGULIS, M. y URRESTI, M. *La construcción social de la condición de juventud. En. Viviendo a toda*. Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad Central, 1998.
- MARTIN BARBERO, J. *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: G. Gili, 1993.
- _____. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá. Siglo del Hombre, Universidad Central, 1998.
- MUÑOZ, S. *Jóvenes en discusión. Sobre edades, rutinas y gustos en Cali*. Bogotá: Rasgo y color, 1999.
- OSSA, F; GONZÁLEZ, E.; REBELO, L.E. *Nociones populares de socialización en tres generaciones familiares*. Cali: Universidad de San Buenaventura, 2003.
- PHOENIX, Ann. *Cómo se negocia una posición de sujeto intermedia*. Artículo de *Revista Nómadas*, No. 16. Bogotá: Universidad Central, 2002.
- POTTER, J. *La representación de la realidad*. Barcelona. 1998.
- PUYANA, Y. *Quiero para mis hijos una infancia feliz. En: Revista Nómadas*. Bogotá: Universidad Central, 2003.
- RIMBAUD, A. *Una temporada en el infierno*. Madrid: Visor, 1979.
- ROSALDO, R. *Cultura y verdad*. México: Grijalbo, 1991.
- VATTIMO, G. 1989. *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, 1996.
- WATZLAWICK, P. *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona: Herder, 1991.
- WHITE, H. *Meta historia. Poética de la historia*. México: Fondo de Cultura, 1986.
- _____. *El contenido de la forma*. Barcelona: Paidós. 1992.
- _____ y EPSON, D. *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós, 1993.